

EL CONDE PARTINUPLÉS

Transcripción de Clara Monzó
(Máster de Estudios Hispánicos Avanzados de la Universitat de València)



H I S T O R I A

DEL MUY NOBLE Y ESFORZADO CABALLERO

EL CONDE PARTINUPLES,

EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA,

LIBRO DEL ESFORÇADO CAVALLERO CONDE PARTINUPLÉS QUE FUE EMPERADOR DE COSTANTINOPLA

I

En el nombre de Dios comiença la historia del buen cavallero Partinuplés, Conde de Castillo de Bles, que fue emperador de Costantinopla

Era un emperador en el imperio de Costantinopla el cual había nombre Julián e no podía haver hijos ni hijas. E acaeció que vino [a] él una mora encantadora que sabía muchos encantamientos e dixo al emperador que le prometiesse de le no descubrir de hijo o hija que le Dios diesse en su muger, que ella haría en su manera como oviessse hijo o hija en la emperatriz. Esto plugo mucho al emperador e prometiógelo. E díxole [la] encantadora al emperador que fuesse a las florestas de las tierras del rey Hermán, que es frontera del imperio, e que ella avría una hija en una donzella mora e que cuando viniessse que auría en su muger la emperatriz hijo o hija. E mandó el emperador enviar sus mensajeros a la tierra del rey Hermán en cómo quería ir a holgar a su floresta, porque le avían dicho que era de mucha caça y hermosos. Y el rey Hermán, desde que lo supo, como quiera que eran enemigos, plúgole mucho estas nuevas, porque entendió que por esta razón sería su amigo. E recibió muy bien a los sus mensajeros, e hízoles muchas honras e mandoles dar la respuesta al emperador. Y enbióle a dezir que le plazía mucho dello e, desde que lo supo el emperador, ovo muy gran plazer dello y el rey Clausa y el rey Corsol e sus vassallos que fuessen con él muchos cavalleros de su imperio, e la dueña encantadora fuesse con él a la ciudad de Damasco, donde estava el rey Hermán, que es frontera del imperio. E desde que el rey Hermán supo la venida del emperador, adereçose lo mejor que pudo e levó consigo los más nobles hombres de su señorío e fuesse a recibir al emperador. E anduvieron por la ciudad él y los que con él iban y el rey Hermán hízoles dar todas las cosas que hovieron menester.

E, otro día por la mañana, el emperador y el rey Hermán fuéronse a caçar. E la dueña encantadora quedó en la ciudad e anduvo por ella mirando por la más hermosa que le pareciesse para la tener aparejada a la venida del emperador. E vido estar una donzella muy hermosa e bien puesta a una ventana e saludola e la mora a ella, e rogole mucho que le pluguiesse de andar con ella e de la mostrar costumbre de la tierra, e la mora le dixo que le plazía. E fuéronse ambas a dos para el palacio do posava el emperador e anduvieron por el palacio mirando las noblezas que en él estaban e departieron de muchas cosas hasta que anocheció.

E dexemos agora estar a la dueña encantadora e a la mora en el palacio del emperador e torne- mos al emperador e al rey Hermán: cómo en la tarde vinieron de su caça e las tablas fueron luego puestas y el emperador e los otros sus vassallos e cavalleros e ricos hombres assentáronse a comer y el rey Hermán sirvió muy bien al emperador e a todos sus cavalleros de cuanto ovieron menester. En esto, la dueña encantadora traía su mano con la donzella mora [tratando] cómo holgasse con el emperador hasta que la donzella mora ge lo otorgó e le prometió que le plazía de dormir con el emperador. Desde que el emperador ovo cenado las camas fueron aparejadas e fuesse a dormir la donzella con el emperador e quedó preñada del emperador.

Otro día en la mañana el rey Hermán vino a ver al emperador e rogole mucho que le pluguiesse de holgar en su tierra algunos días y el emperador dixo que no lo podía hazer por quanto avía de hazer algunas cosas en su tierra. Y encomendole mucho a la dueña encantadora y el rey dixo que le plazía de la haver encomendada e de la hazer mucha honra mientras en su tierra estoviesse, e después que la enbiara en paz. E despidiose el emperador de la donzella mora e la encomendó a Dios e fuesse para su tierra e quedose la mora encantadora con la donzella mora muy secretamente. E a cabo de tiempo parió la donzella mora una hija e pusiéronle nombre de Urracla e fuesse la dueña encantadora al imperio e levó consigo a la niña Urracla, hija del emperador.

Dexemos agora estar a la dueña encantadora con la niña Urracla, [veamos] de cómo ovo el emperador una hija en la emperatriz que ovo por nombre Melior. Complidos los tres años era la más limpia e la más sabia de todas las mugeres del mundo, que quanto le enseñava la dueña sabía; que más sabía la niña cuando cumplió los ocho años, que sabía hazer descender la nube e sabía andar encima cuando ella quería. E cumplidos los diez años hizo el emperador, antes que finase, Cortes, e ayuntáronse los siete reyes de su imperio e duques e príncipes e cavalleros e ricos hombres e mandó a todos que le besassen la mano a su hija Melior e que la oviessen por emperatriz e por señora y que le diessen marido. Y dexó por tutores al rey Corsol e al rey Clausa, porque eran poderosos y los más honrados de los siete reyes, y estovieron assí un año que no sabían qué hazer después que su señor el emperador era finado.

E la emperatriz su señora sabía muchas artes, que ninguno no le podía hazer traición que ella no lo supiesse. E alçáronse los dos reyes que no la querían obedecer y púsose en una nube y fuesse para su tierra del uno e hízoles perecer tantas gentes, cavalleros y peones que pensó ser destruido. Y ella cavalgó en un palafrén y fuesse para el rey; y el rey, cuando la vido, fuesse luego para ella y demandole por merced que no fuesse destruido ni su tierra robada y juró de no ser contra ella ni contra su mandamiento. Y dexolo en paz, de guisa que no hizo al uno más que al otro rey que se avían alçado.

Y el rey Cosol y el rey Clausa, sus tutores, hazíanse maravillados qué avía seído de la emperatriz su señora, y a cabo de un mes remaneció en su ciudad del castillo de Cabeçadoire, donde estaba el rey Corsol y el rey Clausa y la dueña sabia. E los reyes, cuando supieron que era venida, fuéron-la a ver con muy grande plazer y demandáronle que de dónde bueno venía y dónde avía estado aquellos días. Y ella dezía que avía ido a aquellos reyes que se le avían alçado e contoles cómo avía hecho con ellos, y ellos ovieron muy gran plazer pues que ella se avía aventurado a poner recaudo a su tierra. Y los reyes se despedieron della e fuéronse a poner recaudo en sus tierras e dixeron, pues que ella era muger para guardar su tierra, que le aderesçassen su marido cual le perteneciesse. Y en esto hizieron llamar Cortes e ayuntáronse todos los otros cinco reyes y los duques y condes e cavalleros de su imperio. E seyendo ellos juntos, acordaron e dixeron que bien sería. Mas entre ellos ovo muy gran discordia sobre ello y acordaron en esto: que el rey Clausa y el rey Corsol que llegassen a la emperatriz y le dixessen que viesse ella con quién quería casar por que después, si no fuesse tal como a ella pertenecía, que no culpasse a los del imperio. E para esto que ellos le daban dos años e si en ese tiempo ella no lo tomasse, que ellos ge lo darían. E dioles gracias por aquella honra que le hazían.

II

Cómo la emperatriz envió mensajeros por todas las partidas del mundo que le buscassen el más gentil donzel para se casar con él

Y ella mandó luego escrevir cartas y enbiolas por todo el mundo y enbió cada carta con su mensajero, que mirassen el más hermoso e de mejor cuerpo e de mejores costumbres que en el mundo oviesse e aunque no toviessen tanto como ella tenía. E que para un tiempo cierto viniessen al castillo de Cabeçadoire. E como fuessen venidos los mensajeros, dixo aquel que venía de Alemaña, e después dixeron todos los otros mensajeros de los señores que les avían embiado e contaron muchas noblezas de príncipes e duques e condes e otros cavalleros que por el mundo avían visto, e todos hablaron de las gentilezas que avían visto. E los mensajeros de Francia no quisieron hablar hasta la postre, y ellos dixeron:

— De cuanto estos, señora, vos dizen, todo esto es nada a pos de lo que nosotros traemos, que hallamos en Francia un sobrino del rey de Francia que es donzel e no es possible de contar tantas noblezas como en él ay. Y es hidalgo y viene de los godos, y él es varón que no ha XV años y el cuerpo según que de XX años: largo y hermoso e franco e cavalgador e gran fuerça sobre cuantos hombres ay en el mundo. Y en él no reyna pesar ni malenconía, sino plazer e alegría.

E mandó muy bien dar de comer a los mensajeros e preguntoles qué hazía o dónde estava, y ellos dixeron:

- Cierta, señora, no ha más de un castillo, que ha por nombre Bles.

Y como lo ovo oído mandó adereçar una nave la más hermosa e la más grande que avía en su imperio e partió del castillo de Cabeçadoire e preparáronle de muchas noblezas e paramientos. Y ella guiose muy bien e hizo descender una nube e subió en ella e diose andar e levó consigo la nave con encantamiento. E llegó a las sierras de Ardeña e dexó la nave allí encantada e fuesse ella al castillo de Bles, que era del conde Partinuplés, víspera de Santa Cruz, cuando toda la villa reluzze. E llegó después de comer e halló jugando al axedrés al rey de Francia e al conde su sobrino. E descendió la nube hasta abaxo e miró al conde muy bien a su voluntad e aún no le pareció bien lo que dél le avían dicho, atanto le pareció de bien, que ella avía muy gran amor. E con el saber que ella sabía puso en el corazón del rey su tío que fuessen al monte a caçar.

III

Cómo el rey y su sobrino el conde se fueron a caça e cómo el conde se perdió tras un puerco

E a la hora dixo el rey a su sobrino:

— Hijo, si vos pluguiesse que fuésemos a monte a matar un puerco.

Y él le dixo que le plazía de muy buena voluntad. E luego el rey mandó llamar a sus monteros grandes e pequeños e alanos e sabuesos, e tomó el conde una ropa que era lo de encima cuero y el enforro de esquirols, y esto por los montes que no le rompiessen la ropa: esto usavan los grandes señores cuando ivan a monte. E tomó en su pescueço una bozina de marfil e su cinto y en el escarcela llevaba yesca y pedrenal y esclavón; e cavalgó el rey e su sobrino el conde e sus monteros e fuéronse al monte, dos legas de las sierras de Ardeña, e mataron un puerco muy grande e muy hermoso. E la emperatriz a todos tiempos mirando encima dellos aquella montería. Cuando ovie-

ron muerto el puerco, pusiéronlo encima de un tapete e demandaron la vianda e començaron a merendar.

E después que ovieron comido mandó el rey cavalgar muy apriessa. E la emperatriz, cuando esto vido, ovo muy gran pesar porque sus amores se querían ir, e descendió una nube ayuso adonde ellos estavan e pareció que todo el campo era lleno de niebla, e hizo parecer un puerco por encantamiento. Y el conde, con la cobdicia, dio tras el puerco por las sierras de Ardeña con grande cobdicia de matar el puerco y el rey de Francia en pos dél dándole bozes y diziendo que bolviesse, que no fuesse más adelante en pos del puerco, que podría ser perdido en las sierras, que eran muy altas y avía en ellas muy malas animalias [de las] que sería comido. Mas el conde, con la grande niebla que hazía, no sabía si iva o venía; y esto hazía la emperatriz por levarlo do ella quería, e así anduvo toda aquella noche perdido hasta la mañana.

Agora tornemos al rey su tío, que hazía muy gran duelo por el conde Partinuplés su sobrino, que todavía pensava que las animalias lo avían comido.

IV

Cómo andando perdido el buen conde por la floresta halló orilla de la mar una nave muy hermosa, y entró en ella e arribó a Cabeçadoire

Dexemos agora al rey su tío cómo hazía grande llanto e duelo por él y tornemos al conde cómo andava perdido trabajando. Si no fuera por la emperatriz, que había encantado todas las animalias, el conde fuera muerto dellas; mas, él andando assí, subió encima de una sierra por ver si vería algún poblado o si vería candela. Y él oyó un ruido de aigua y pensó que era río y que estaría allí algún lugar de pueblo o alguna gente orilla del río y fuesse para allá. E assí andando hallose a la coste de la mar y halló una nave muy grande y muy hermosa, y no vido ende a nadie. Y començó a dezir “¡ah de la nave!”¹ y ninguno le respondió ni podía responderle, que era la nave que la emperatriz avía traído y dexado en encantado. Ella muy bien veía a él. E desde que el conde vido que no le respondía nadi, començó de pensar qué sería de la gente de aquella nave y [se] dixo, pues la compuerta está echada desde la nave hasta la tierra, que las animalias los avían comido.

Entonces subió por la puerta hasta la nave y metió su cavallo dentro por la rienda. Por tal guisa iva el cavallo que no se podía tener de los pies ni avía gana de se espantar, y el conde arrendó su cavallo e anduvo por la nave e no vido a nadi con quien hablasse. E desde que esto vido el conde, subió la compuerta por que las animalias no lo comiessen y assentose encima de un assentamiento e dormiose y, después que fue dormido la emperatriz mandó a los marineros que alçassen la vela muy quedo y guiasen la nave derecha al castillo de Cabeçadoire. Y ella fue adereçar las cosas que eran necessarias para cuando el conde llegasse. La emperatriz partida, sus marineros alçaron la vela muy queda y el buen conde anduvo assí toda la noche y nunca nadie lo sintió.

E cuando fue otro día por la mañana, dávalle el sol en el rostro y recordó muy despavorido e començó a santiguarse y entristeció, porque no vido otra cosa sino cielo e aigua e no veía quién avía alçado la vela ni quién governava la nave, buscando algunas personas e no vido a ninguno salvo su cavallo, que roía las tablas con gran hambre. Y entonces començó de llorar y dixo:

— ¡Dios sea aquel que ponga cobro a ti y a tu amo!

1. En el texto “al de la nave”.

Y demandava a Dios que le hiziesse merced e que le mostrasse qué cosa podía ser aquella, si iva encantado o si iva en poder de algunos pecados. Y andando assí tres noches e tres días, que no comió ni bebió él ni su cavallo. Y el cavallo no hazía sino roer las tablas con la grande hambre e bolvióse de cara dél con cuyta que dél avía, e sospiraba porque no tenía paja ni cevada para su cavallo. E assí andando el conde, alçó sus ojos arriba e dezía:

— Señor, si yo estuviesse en tierra buscaría por dónde ir a tierra de mi tío el rey de Francia, mas no veo tierra, salvo cielo e agua.

E hazía gran cuita, que no siento hombre que dél no se doliesse. A cabo de tercero día, comiençó el día muy hermoso e vido un castillo que blanqueava como una paloma, ca la emperatriz lo avía hecho de nuevo poco avía, porque allí quería tomar su marido en el castillo de Cabeçadoire, porque estava en una isla muy hermosa e podían venir de todas partes a él. E desde que el conde vido el castillo que blanqueava, hincó los inojos e rogó a Dios que lo llevase allá, que aquellos tres días no avía visto cosa con que se conortasse. E cuando fue el día a la hora de tercia, la nave fue atán derecha que llegó al puerto de Cabeçadoire e, cuando allí llegó, la compuerta fue luego echada a tierra. Y él tomó su cavallo e salió a tierra e cavalgó en el cavallo e no podía andar por quanto iva muerto de hambre, que en aquellos tres días no avía comido; y él abaxó las riendas con la cabeça e començó de tirar pernadas parándose a comer, por quanto el conde no podía hazer nada dándole con las espuelas. Entonces vido el conde que lo hazía con razón e descendió dél muy apriessa. E cuando lo desenfrenó, estando assí cerca de su cavallo, miró a un cabo e a otro e no vido a nadi, ni hombre ni muger ninguna, ni cavallo ni asnos ni ganados, ni oyó cantar gallo ni tañer campanas.

E començó de santiguarse y estregarse los ojos e, haziéndose maravillado en ver aquella ciudad tan hermosa, dezía:

— Santa María, valme si duermo o sueño porque veo assí esta tierra sola sin ninguna cosa. Porque cuando el hombre duerme, sueña destas cosas tales; mas yo creo que no duerme, que mi cavallo cabe mí lo tengo.

Miró de cara la ciudad e vido un palacio alto en el cual vido salir humo, e dixo assí:

— Pues que humo sale, candela avrá, que alguna persona está aí que lo avrá hecho.

V

Cómo entró el conde en el castillo de Cabeçadoire e cómo allí fue servido de comer e beber e de cama sin ver persona del mundo

E dexó el cavallo pascer e fuesse para la ciudad. Y entró dentro por la puerta e no vido a nadi, y el conde llegose a escalentar e no vido a quien hablar. E desde que se hovo escalentado, allegose a la mesa que la emperatriz avía echo poner, que si oviesse voluntad de comer que comiesse. E tomó un pan e oliolo e santiguose, pensando que era cosa que avían hecho los pecados, pero veía cosatán hermosa e no veía nadi con quien hablasse; e como olió el pan quiso comer dél mas no osava, e alçó los ojos arriba al alcáçar e vido salir humo de una casa e dixo:

— A la mi fe, más quiero yo ir al acáçar porque, si morir oviesse, más quiero morir en alto que en baxo.

Y él no veía ninguna persona para que le preguntasse de aquella tierra, mas veía las casas e las puertas del alcáçar e entró dentro. E las puertas eran muy hermosas, e subió encima de la cerca

del alcázar por mirar el campo e por ver si vería el su cavallo donde lo avía dexado, e comenzó de sospirar e dixo:

— ¡Pues perdido es el mi cavallo, Dios sea aquel que ponga cobro en él!

E fuesse por el palacio adelante de uno en otro hasta que llegó a una sala muy hermosa e halló ende un escaño que era muy grande, y este escaño era de plata y era esmaltado de muy grandes fermosuras. Y él no veía ninguno por allí con quien hablasse e fuesse a assentar en el escaño, e tenía un travesaño que era de oro muy grande e muy preciado. E vido buena candela y escalentose, que avía muy gran frío, e después que estuvo caliente miró por la sala e vido estar en ella una mesa, y en ella una silla que avía seído del emperador, que era de plata e sobredorada, con muchas piedras preciosas e aljófar, que relumbrava la salatánto que cada una de ellas entendía que valía una villa. Y estando assí pensando de su cavallo, afincávale el hambre. Y dixo:

— Por cierto, muera o viva allí me iré assentar en aquella sillatán rica y comeré de aquel pan, que la hambre me aquexa. Y caso que yo muera en aquella casatán preciaada, por bien empleada daré yo mi muerte.

E comenzó de santiguarse e levantose muy esforçado y fuesse para la mesa y assentose en la silla e vido venir un aguamanil y un bacín de plata y unas tovasjas brosladas. Él tenía un pan en la mano y tomó aguamanos e no vido quién ge la dava, y tornó a tomar el pan e comenzó a santi-guarse e comer. Con grande recelo tenía que aquella tierra era de pecados, por esto todos tiempos se santiguava y no osava comer, que muy grand miedo avía e como aquel que avía tres días que no avía comido. E, a los primeros bocados, vido venir un plato de perdizes assadas e maravillose mucho porque no vido quién ge lo traía ni quién ge lo oviesse cortado. E dixo:

— Pues comenzado he a comer, yo comeré hasta que me farte.

Y, estando comiendo, vido venir una copa con un castillo muy hermoso, y encima del castillo avía una piedra preciosa que valía una ciudad, e tomó la copa e bevió e, mientras él bevía, tiráronle la vianda delante. E, desde lo vido, corrió con la mano izquierda a tomar las perdizes, pensando que no le avían de traer más. E como aquel manjar le fue tirado, luego fue traído otro plato de otra vianda, e no ovo comido diez bocados cuando fue servido del vino. E assí hizieron todavía hasta que ovo muy bien comido e servido de muchos manjares. E desde él ya no comía, vido venir el aguamanil y el bacín de plata e las tovasjas brosladas e diéronle aguamanos. E acabado de comer acostose en la silla e dormiose un poco, que muy gran trabajo avía passado e, desde recordó, levantose de la silla e fuesse al fuego e assentose en el escaño de plata que oistes dezir. E, después que fue escalentado, dixo:

— Por buena fe, yo me dormiré aquí un rato.

Y estando assí dormiendo soñó que le venían por parte de las espaldas una manada de pecados que lo querían lançar en el fuego. Esto era con él gran miedo e espatose e con gran priessa començose a santiguar e puso mano a su espada para se defender e miró por la sala a una parte e a otra e vio en cabo de la sala una antorcha encendida, e dixo assí:

— Por buena fe, yo vaya do aquella antorcha está e veré quién está allí o quién la tiene.

E desde llegó al antorcha, el conde fuesse en pos della e metiole el antorcha en un palacio que no havía otra cosa sino oro, plata y aljófar e piedras preciosas. E los estrados eran de seda, los paramentos de oro y estava allí una camatán rica que en el mundo no podía ser más. Y estava en la cama una colcha de oro e de seda, e avía en medio de la colcha un escudo muy hermoso e muy grande y era todo de oro y de aljófar e piedras preciosas; y en el cabo de la colcha avía muchas figuras de reyes e condes e cavalleros de plata e de oro e aljófar, y estos eran atánmaños como un braço de hombre. Y desde el conde vido aquellas noblezas atán grandes, maravillose mucho de

ver tan ricas cosas e no ver persona alguna con quien hablase ni quién tenía el antorcha. E pensava assí el conde: pues que Dios le avía dado buena cena, que assí le dava buena cama, y desnudose el balandrán que traía de cuero, que era aforrado de esquiroles -que assí lo usavan los cavalleros cuando ivan a monte- y tirose su bozina e su cinta y su escalcela en que iva la yesca y el eslabón, y púsolo todo en el assentamiento cerca de la cama y echose en ella.

VI

Cómo la emperatriz contó a su hermana que avía traído al conde y lo tenía en su cama

Estando assí echado en la cama, la emperatriz estava con su hermana Urracla contándole lo que le avie acontecido con el conde Partinuplés, cómo lo avía traído e contándole las noblezas que en él avía y cómo eratán hermoso y de buen cuerpo, y cómo estava echado en la cama. Y que le rogava que otro día en la mañana llevase paños de lino que le perteneciessen, y Urracla dixo que le plazía y rogole y pediole por merced que se lo mostrasse. Y la emperatriz le respondió que no se lo podía mostrar al presente que, si se lo mostrasse, que todo su encantamiento sería deshecho y ella caería en gran vergüença, por quanto los reyes sus tutores y el imperio le avían dado de plazo dos años para que tomasse marido y ella se avía aventajado de lo tomar antes de los tres meses. Mas, que desque fuessen complidos los dos años, que ella ge lo podía bien mostrar a su voluntad.

Urracla respondió:

— Sed segura, señora, que muy largo tiempo se me han de hazer estos dos años hasta lo ver. Con gran desseo he de bivar por tan grandes noblezas como dél me havedes contado; empero, señora hermana, mostradme otro hombre que sea de su altura, por que yo pueda levar los paños de lino que vos me mandáis, por que sean de aquella medida.

Y ella respondió:

— Madrugad antes que salga el sol e yo vos lo diré, por que de aquella forma vos los dades los otros.

Y ella dixo que le plazía,

VII

Cómo la emperatriz fue sin candela a echarse en la cama en que estava el conde

E fuese la emperatriz para el palacio a escuras, que no levó antorchas ningunas. E quando entró por el palacio començó a dar rezias pisadas y el conde, desque oyó los passos, estremeciose todo e arredrose a la mano derecha. E la emperatriz començó a desnudarse y echose en la cama e después que fue echada, por asegurar al donzel, ella sacó el brazo derecho e començose de santiguar, por que entendiesse el donzel que era tierra de pecados, e començó a dezir:

Encomiéndome a Dios e a Santa María e a todos los ángeles e arcángeles de la corte del cielo.

E metió su brazo so la ropa y el donzel estúvose quedo e no osava resollar, magüer que las carnes le temblavan; empero, ovo atanto esfuerço quando oyó mentar a Dios e a Santa María e a los otros santos. Y estando assí, vino la emperatriz a hazerse un poco adelante hacia donde estava el doncel e hizo que se desperezava e tendió la pierna e dio en él, e por que él no oviesse miedo, dixo assí:

Santa María, dime qué cosa es esta que aquí está echada en mi cama.

Y ella, por dezir quién era, dijo:

Yo soy emperatriz e tuve siempre siete reyes a mi mandar e duques e condes, e nunca fue ninguno osado de entrar solamente de las puertas adentro de mi palacio. E agora dezid quién sois vos que aquí estáis echado.

Y él respondió assí:

Señora, vuestra merced sea de me escuchar cómo soy yo aquí venido, pues vos me avedes contado el vuestro señorío.

Y él le començó de contar según que de primero le avía contecido e, después que ge lo ovo contado, ella dixo assí: que por qué se avía echado allí. Y él le dixo que por esso se avía acostado allí, mas que le perdonase hasta al día y que él se iría de muy buena voluntad, e que fuesse su merced de le hazer buscar un cavallo que allí avía traído. Y ella le dixo:

Assí como en esto lo tenéis, levantados de aí e idvos por donde venistes, si no daré gritos e bozes porque en mal punto aí vos echastes.

Y él le dixo assí:

— Señora, la noche es tan oscura e los palacios son tan grandes que no sabría por do ir.

Allí dixo ella:

Dad acá la mano e yo vos levantaré.

E respondió el donzel:

Estoy muy trabajado, e tan cansado que de aquí no me puedo mover.

E dixo la emperatriz:

Si de quí no vos levantades, yo me levantaré e iré a llamar los mis cavalleros, que vos maten aí.

Y él dixo:

— Señora, aved piedad de mí, que yo [no] muera por vos.

E començó de llorar y, en que lo vido llorar, ovo muy grande cuita dél, mas no lo dixo nada. Y el donzel, desde que vido que no hablava nada, bien pensó que dormía e llegose a ella poco a poco. Esto hazía él por ver qué cosa era, no embargante que le havia oído aquellas palabras sanctas, todavía se pensava que era alguna tierra de pecados. E puso muy queda la mano encima de sus pechos de la emperatriz y ella quitósele de rezio e no le dixo nada. E desde que vido el donzel que no dezía nada, y ella desviósele sus manos de los pechos por ver si tornase otra vez a poner sus manos en esse mismo lugar. Y el donzel a poco de rato pensó que sería dormida e tornole a poner la mano como la primera vez e tóvogela queda con sus manos. E desde que el donzel vido aquello, llegose junto con ella, e ella no dezía nada. E puso él en su corazón de la catar, por ver si era hombre o muger o si era pecado, e sacó los brazos fuera de la cama e púsole la mano encima de la cabeça e començó de catar los cabellos en su entendimiento qué tan luengos podían ser. Y ella le dixo:

¿Qué hazedes?

Pero bien entendía ella por qué le hazía. E catole assí mismo la frente y los ojos e la nariz e la boca e la garganta e los pechos y los brazos e las manos, e contole los dedos porque se cuidava que era mano fendida. Después tentole el cuerpo e catole el vientre e los muslos e las piernas e las espaldas e los pies e los dedos, e cató por ver si era pata fendida, porque en aquellos tiempos avía

unas animalias mugeres de la cinta ayuso como leones e avían los pies como lebreles, e por esso le avía catado. E assí pensando si era algunas de aquellas, desque la ovo muy bien catado en su palpamiento, entendió assí que de las hermosas cosas del mundo era, y ella dixo assí:

Agora vos avedes a mí bien catado. Sabed por cierto que yo soy emperatriz e señora de siete reyes, e si vos queredes ser señor de mí e dellos, e si vos guardaredes lo que vos mandare, lo cual es esto: que vos no curedes ni fagades ni busquedes por do me descubrades mi cuerpo por me lo ver hasta que passen dos años.

Y ella le contó todo su hecho cómo los reyes tutores e todo el imperio le avían dado de plazo aquellos dos años para que tomasse marido:

Cual yo quisiesse e a mí cumpliesse. E que si en este tiempo de los dos años no lo tomasse², que ellos me lo darían passados los dos años.

E que le rogava que no la descubriesse él ni otro por él, sino que supiesse cierto que ella lo haría matar muy deshonoradamente, e prometiole que assí lo haría de grado.

VIII

Cómo la emperatriz y el conde perdieron sus virginidades e cómo ella le habló

Como esto fue hablado, començaron a burlar en tal manera que ambos a dos ovieron de perder las virginidades. E desque aquello fue passado, ella le dixo assí:

Agora, donzel, vos no pensedes que porque avedes hecho conmigo a vuestra voluntad, que me tenedes a todo vuestro mandar. Por todo ello no me doy nada yo, que el señorío es en mi poder después de Dios. Ca piensan los hombres que después que aquesto han hecho que tienen las mugeres a todo su mandar e, si no guardades aquesto que vos he dicho que no me descubrades, sed seguro que yo vos mandaré matar de mala guisa assí como dicho tengo. Ca yo no he miedo ni temor a ningún hombre del mundo, si no es a Dios mi señor que está en el cielo.

E la señora le dixo que bien se podía alabar que tenía una enamorada que avía nombre Melior, mas que se guardasse de le descubrir el cuerpo sobre todas las cosas del mundo, que le haría gran plazer e merced en ello, e que entendía que le haría mucho bien. Y en toda la noche nunca la señora emperatriz cessó de le encomendar todo esto que dicho es -aunque retoçavan e burlavan- que no le descubriesse su cuerpo por él ni por otro alguno. E que de cuantas cosas él quisiesse o oviesse menester, que ge lo dixesse cuando en la cama estoviesse e, si quería cavallos, que ge lo hiziesse saber, que todo le sería presto. E que su cavallo que allí avía traído que su hermana Urracla lo tenía bien pensado, e que esta su hermana lo desseava mucho ver, mas que no lo podía ver hasta acabados los dos años.

E después que esto fue passado, fue hora de levantar e levantose ella primero y fuesse para su hermana Urracla antes que el sol saliese. E hallola en la cama e díxole assí:

Hermana, levantadvos dende e ir a mi palacio, e tomad aquellos paños que son de donzel e traeldos acá e levad otros limpios, jubón, balandrán de seda, capirotos, calças de escarlato...

Y ella hízolo assí e fue lo poner en el palacio en la asentamiento a par de la cama. E Urracla miró por ver si lo vería e ovo muy gran pesar en que no lo pudo ver, ca de muy gran grado lo quisiera

2. En el texto "y de no lo tomasse".

aver visto. E bolvióse para el palacio a do era la emperatriz e començole a dezir cómo había havido muy gran enojo en que no lo pudo ver.

IX

Cómo el conde estuvo en el castillo de Cabeçadoire bien un año bien servido sin ver a persona del mundo

Tornemos al conde, que estava en la cama con muy grande alegría. E cuando fue hora de tertia, assentose en la cama e cató por su ropa e no vido ninguna della, e halló en su lugar otra mucho mejor e más nueva. E vestiósela e, después que se ovo vestido, halló en el estrado el paño y el peine e agua, e peínose e lavose. E salió por aquel lugar por donde había entrado en pos de la chaça e salió hasta la sala e vido muy buena brasa de candela e assentose par della, que estava un estrado muy rico, y escalentose en ella. E después que se ovo muy bien escalentado, levantose e fuesse hazia el campo por veer si hallaría su cavallo, e no lo pudo hallar, que otro lo tenía muy bien guardado. E andándose por el campo mirando las huertas e las noblezas que en el campo había, y él andando sin ninguna pavor, ca bien seguro era que la emperatriz lo había asegurado e contado el hecho todo.

Después que fue hora de comer, fuesse para el alcáçar e assentose en la sala, e halló la sala compuesta mejor que él la había dexado, e halló la mesa puesta e assentose en la silla según que de antes había hecho. E luego, en esse punto, vido venir el aguamanil y el bacín e sus tovasas e sus manjares, todo muy ricamente aparejado. Y él fue atán bien servido de manjares, de frutas e de todas las otras cosas que avía menester, que no podía ser más en todo el mundo. E después que ovo comido tomó aguamanos, los manteles fueron luego alçados e fuesse por el alcáçar. Y cuando fue hora de cenar halló las mesas puestas e, desque ovo cenado e fue alçada la mesa, luego fueron las hachas venidas. E començaron de andar y él en pos dellas, mas no veía quién las levava, andando tanto hasta que llegaron al palacio do estava la cama de la emperatriz. E luego las hachas estovieron quedas y él se assentó en un estrado muy rico que estava puesto cerca de la cama e començáronlo a descalçar e, después que fue descalçado, desnudó los paños que tenía vestidos e echose en la cama. E después que fue acostado fuéronse las hachas de allí e quedó echado sin ningún temor.

E estando assí, oyó passos que venían por el palacio hasta la cama, que bien sintió el donzel que era su señora la emperatriz, la cual mucho amava. E desque ella fue cerca de la cama, desnudose los paños e acostose en la cama. E después el donzel la sintió que estava acostada, allegose cerca della e tomola en sus braços con muy gran plazer. E assí estovieron abraçados holgando con el mayor gozo del mundo. E cuando fue cerca de hora de maitines, dixo la emperatriz al donzel:

Agora vos me diréis cuál es vuestro nombre.

Y él respondió:

A mí llaman Partinuplés.

Y ella dixo:

Partinuplés, amigo, sobre todas las cossas del mundo, vos ruego esto: que mi cuerpo no sea descubierta, porque entre mí e vos no aya ningún pesar, que todas las cosas yo vos perdonaré e no esta.

Y él dijo:

Cierto, señora, ante moriré e nunca lo haré.

E la emperatriz le dixo:

Si vos queréis ir a caça de monte o ribera, de açores e de falcones, dezídmelo e no dubbéis de dezírmelo, que presto vos será. E ruego vos que de mañana vades a monte, e id a la puerta del alcáçar e aí allaréis un sabueso; e no curéis, sino andad en pos del sabueso, quél vos llevará adonde ayades gran plazer. E de cosa que oyéredes ni veades no vos receledes, e yo seré cerca de vos magüer que no me veades.

E después que fue el alva buscó toda la cama e no halló a la emperatriz, e allí vido el donzel que era cerca el día, e levántose e halló tales paños que pertenecían para caça e a monte. E fuese a la puerta del alcáçar e halló el cavallo a la puerta y el sabueso por la trailla, e anduvo en pos del sabueso e llevolo a una floresta la más hermosa que en el mundo oyó dezir. E él oyó lo que un montero dezía en su bozina e dio de las espuelas al cavallo e fuese para allá, e vido tantos lebreles e sabuesos e alanos e otros canes muy preciados, con sus collares broslados de diversas maneras. E vio un puerco passar, el más grande que nunca había hallado cavallero, e començó de seguir tras él e tanto lo siguió hasta que lo alcançó e mató. E después que él lo hovo muerto, todos los canes fueron llegados e vídolo cargar en una azémila con gran bozería e con mucha alegría, pero no los podía ver. E después estava mucho maravillado; oviera grandíssimo espanto, si no fuera porque le avía dicho la emperatriz, por el ruido grande que oyeron de cavallos e por no poder verlos. Desque vido que movían con el puerco, començó de ir en pos dél.

E oyó tañer una bozina a los monteros que avía, según que primeramente lo había oído en el monte, de la más hermosa que en el mundo podía ser. E después que ovo llegado, metiose por el alcáçar adelante hasta que llegó donde había cavalgado e, desque allí llegó, vido cómo le tiravan las espuelas. Y entonces descavalgó de su cavallo e puso la lança donde la avía tomado. E començó de andar hasta que llegó a un palacio e a una sala donde solía comer. E vio aí un estrado muy rico con ricos paramentos e la mesa puesta e la muy rica silla en que se solía assentar. E, desque era hora de comer, él assentose en la silla e luego tomó aguamanos según que de antes le solían traer. E fueron traídos atantos de los manjares tan bien guisados que era maravilla. E desque ovo comido tomó aguamanos e los manteles fueron alçados y el se levantó e fuese para la cama donde solía dormir. E assentose en el estrado e oyó tantos cantares e muchos instrumentos. E assí estando muy gran pieça deleitándose en aquellos manjares muy preciados.

E, a cabo de rato, desnudose de sus ropas para se acostar en la cama de la emperatriz según que de antes solía. Y estando assí acostado, oyó los passos de la emperatriz como de primeros solía venir. E como ella se ovo acostada, tomola entre sus braços e ovieron muy grande plazer, contando de sus monterías e de cómo la emperatriz iba cerca dél e cómo ivan dos reyes sus tutores en la montería que hazía él. Y el puerco que mató bien pensavan las gentes que ella lo hazía, ca ellos tampoco no veían a él. E rogole cuando quisiesse ir a ribera de açores que ge lo hiziesse saber, que ella ge lo aparejaría. E assí estovieron holgando muy gran pieça, por ende todavía le rogava que su cuerpo no fuese descubierto hasta que los dos años fuessen complidos.

X

Cómo la emperatriz dixo al conde cómo Francia estava en grandes peligros por

tres reyes moros que avían entrado en ella

E assí estovieron un año cumplido en sus plazer. En este tiempo fue conquistada Francia de un rey que avía por nombre rey Sornaguer y levava consigo dos reyes que eran a su mandar, que avían por nombre Cansión y el otro Ansión. E tanto conquistaron la tierra del rey de Francia que fue cercado París. Y esto bien sabía la emperatriz, mas no lo quería dezir a Partinuplés por que no oviesse pesar ni enojo, y ella no quisiera que fuera ayudar al tío por no partirlo de cabo sí, que lo quería y amava mucho en su coraçón. Empero, estando el donzel en una torre muy alta mirando a los campos e a la mar, e vioniósele mientes del rey de Francia e de su madre y de su tío, e suspiró muy de rezio, e después en la noche estando con la emperatriz en la cama otra vez. Y ella dixo assí:

Partinuplés, señor, ¿por qué sospiráis assí? ¿Fallésevos alguna cosa de lo que havéis menester? Cierito, -dixo él- no. Mas, si no vos pesasse, dezírvoslo ya.

E respondió la emperatriz:

Seguro sed que no me pesará, dezid cuanto vos quisiéredes.

Cierito, señora, con el grande desseo que tengo de Francia, de mi madre e de mi tío, me vino este tan grande suspiro.

Allí dixo la emperatriz:

No vos pongo culpa, que la sangre vos requiere e vos llama. Que sepáis por cierto que el reino de Francia es conquistado del rey Sornaguer e de otros dos reyes que con él están e han por nombre Cansión e Ansión. E vuestro tío está cercado en la ciudad de París, por que vos ruego que lo vayades a ayudar, e cudad de ser buen cavallero por que yo aya acá vuestras buenas nuevas. E yo vos daré una espada que levedes con vos por amor de mí por que, cuantas vezes la tomaredes en la mano, que se vos acuerde mí. E darvos he diez mil camellos cargados de oro e de plata e aljófar e piedras preciosas. Idvos para vuestro tío e id por diez mil lanças a España, que son mucho amigos de los franceses. E yo vos daré un hombre que vaya con vos que es viejo y cano, que vos guíe los camellos cargados que levavan más peso que cincuentas mil azémilas. E todo cuanto él vos dixere hazed que no falezca nada. E cuando fuere de mañana idvos a la puerta del alcáçar assí como al alva, hallaréis al viejo con sus camellos cargados. E por donde vos guiare no hagades sino ir, que él vos levará derecho al castillo de Bles. Y cuando ende llegaredes, embiadme luego el hombre e no lo hagades ende comer.

Y el conde Partinuplés començó en aquella hora a tomar mucho plazer porque avía de ir ayudar a su tío el rey de Francia e a ver a su madre. E la emperatriz le dixo que se membrasse todavía de lo que le avía rogado: que su cuerpo no fuesse descubierto por él ni por otro en ninguna manera, hasta ser conplidos los dos años. E assí se despidieron de en uno e rogole que no tardasse de tornar allá. Y el prometiógelo y encomendola a Dios.

XI

Cómo la emperatriz enbió al conde en Francia en ayuda del rey su tío

Luego, cuando vino la media noche, levántose la emperatriz a poner recado de lo que avía de levar Partinuplés. Cuando fue el alva, levántose e halló al viejo que guardava los camellos e fuéronse por su camino. E cuando comía e bebía e andava no podía ver al viejo sino la fabla, ca él era tocado lleno de vello. Assí andovieron sus jornadas hasta que llegaron al castillo de Bles, y en todo el camino no hazía el viejo sino rogarle que guardasse lo que avía prometido a su señora la emperatriz, que no descubriese su cuerpo. El conde ge lo prometió, e cuando llegó al castillo de Bles descargaron sus camellos muy callando, que no lo sintió nadie. E despidiose el viejo del conde y encomendole a Dios y encomendole mucho el conde que le encomendasse en la merced de su señora la emperatriz. Y el viejo dixo que le plazía de buen grado, e fuesse el viejo.

XII

Cómo el conde llegó al castillo de Bles, donde estava su madre, e de cómo fue recibido

E assí, el conde fuesse al castillo de Bles e llamó a las puertas do estava su madre. E la madre, desde que lo oyó, levántose muy aína e fuelo a abraçar e besar con mucho amor del desseo que tenía, como aquella que pensava que era muerto y que las animalias lo avían comido en las sierras de Ardeña. E despertaron las gentes a meter el aver en el castillo e, después que fue metido, echose a dormir hasta otro día. E fuéronlo a ver toda la gente del castillo con muy grande alegría como a su señor natural. E tomó³ consejo con ellos en qué manera que ellos pareciesse enbiara a España por diez mil lanças, que era menester. Dixeron que tomasse la meitad del aver que traía e que lo pusiesse en una nave e que lo levasse a dos puertos de España: el uno, Cádiz⁴; y el otro, a La Coruña. E hizolo assí.

E cuando él algo fue llegado a los puertos de España, fueron dados pregones que cuantos quisiesen ganar sueldo que fuessen a Bles⁵. Todos cuantos quisieron ir a los puertos, a todos dieron sueldo e fuéronse para el castillo de Bles. Y eran hasta diez mil lanzas, e todos estos hombres mancebos e hijos dalgo, e para dar cuenta e razón de sí en todos cabos. E desde que estos vinieron al conde e vieron que era buen cavallero, ovieron muy gran plazer e se les alegraron los coraçones e todos ellos hizieron pleito e omenaje de morir con el conde. E hizolos aposentar muy bien: dellos en la villa dentro, dellos en el castillo e dellos en las huertas. Y estovieron aí hasta que ordenaron sus capitanes e sus trompetas e sus pendones caudales.

XIII

Cómo el conde e su gente fueron a París, en donde estava cercado el rey de

3. En el texto "como." Sigo la propuesta de Adolfo Bonilla.

4. En el texto "Caliz".

5. En el texto "para que fuessen".

Francia, e cómo fueron bien recibidos

Partieron dende un día después de comer e fueron a la ciudad de París e, cuando llegaron allí, començaron a tocar las trompetas e alçaron los pendones. E cuando el rey esto oyó ovo muy gran pesar, pensando que era el rey Sornaguer, e mandó repicar las campanas e dar bozes:

¡Señor, salid a las cercas e las puertas sean cerradas!

Desque esto oyó el conde entendió que el rey su tío avía pavor; enbiole un mensajero cómo supiesse cierto que era su sobrino el conde Partinuplés, que traía diez mil lanças para le ayudar. E cuando oyó el rey dezir esto, dixo:

No vería este plazer, ca bien creo yo que mi sobrino Partinuplés que es muerto, que ha bien un año e más que se perdió en las sierras de Ardeña.

E allí dixo el mensajero:

Véase su cuerpo con el vuestro e hazed abrir las puertas.

E allí dixo el rey:

Plázeme de buena voluntad.

Y el mensajero tornose con la respuesta según que el rey havía hablado, e luego el conde cavalgó muy apriessa e abriole la puerta de la ciudad e las hachas fueron encendidas. Y el rey, desque lo vido, fuele a besar la mano e demandole por merced que mandasse aposentar aquella gente. E el rey e los cavalleros ovieron muy grande alegría con aquel socorro que les era venido. E los hizo todos muy bien aposentar e proveerles de todo lo que havían menester. Y el conde con el rey su tío fuéronse para el palacio e hallaron muy bien guisado de comer, e cenaron e holgaron con mucha alegría. E assí estovieron toda la noche contando de lo que al conde le havía contescido.

XIV

Cómo el conde afrentó las gentes del rey Sornaguer e les quitó la cavalgada que llevaban

Otro día por la mañana oyeron las campanas repicar y el conde salió muy apriessa de la cama dando bozes que le diessen sus armas. Y el rey su tío assí diziendo que no saliesse fuera, por miedo que no fuesse el rey Sornaguer. Y el conde dixo al rey que por Dios le dexasse ir presto ver si era aquel el rey Sornaguer, y estovieron un gran pieça porfiando. Y estovieron los adalides diziendo que llevaban cuatro mil vacas los cavalleros del rey Sornaguer y el conde, cuando esto oyó, apartó tres mil lanças e díxoles assí: que quería ir a quitarles las vacas que llevaban. E hiziéronlo assí e, como ivan en pos de ellos, no los podían ver, que las polvaredas eran tantas e tan oscuras que aun los cavalleros no podían ver unos a otros, que todavía se ivan llegando el conde y esforçando los suyos que maravilla era. E dixo a los cavalleros que todos hiziessen como él e dieron de las espuelas a los cavallos e fueron a herir de rezio en tal manera que, de diez mil que eran los moros, mataron e cautivaron ocho mil dellos e no fincaron sino dos mil. E tirávanles la cavalgada e escaparon aquellos dos mil a uña de cavallo, que no pudieron poner resistencia con ellos. Y estos moros fueron huyendo hasta que entraron por el real de su señor.

E desta batalla que aquí fue hecha ovieron que contar los moros al rey, e dixéronle assí: que muchas batallas se avían visto e con muchos cavalleros se avían dado de la lança e nunca avían ha-

llado quien de más les hiziessen como aquestos cavalleros, y entre estos andava uno por la batalla que no parecía sino león.

XV

Cómo el conde tornó a París e fue rescebido del rey su tío con mucha alegría, e cómo presentó al rey cincuenta cavalleros moros cativos

Tornemos al rey de Francia: de como oyó estas nuevas ovo muy grande plazer por su sobrino; era muy moço e nunca se avía visto en la batalla, ¡e haver mostrado de sí tan buena hazienda! E quando el conde llegó a París, saliole a rescebir el rey de Francia con muy gran alegría, e fuéronse el uno para el otro y el conde besó al rey la mano y el rey a él en la boca. Díxole assí: que la bendición de Dios oviesse, que será sobre todas las gentes. E luego el conde presentó al rey su tío cincuenta cavalleros, moros todos, de espuelas doradas. Y el rey de Francia agradesciógelo mucho a Dios primeramente e al conde su sobrino, y estos fueron sin otros escuderos e hombres de cavallo.

Assí que fueron tomados azémilas e cavallos e armas e peones que allí truxeron, e luego el rey entrose con su sobrino en la ciudad muy alegremente e hízolos aposentar muy bien e dioles a comer muy largamente de muchas maneras, de viandas a toda su voluntad, como aquellos que havían muy bien trabajado. E hizo catar los heridos y después fueron para el palacio y el rey y el conde e començaron de folgar. E desque ovieron folgado e contado su hazienda, empeçáronse a dormir e, desque ovieron dormido, rogó el rey al conde que no partiesse dende sin ge lo fazer saber, por quanto era muy mañero el rey Sornaguer. Y el conde le dixo que le plazía de muy buen grado. Y el conde dixo al rey:

Señor, acostavos e holgad, que quiero ir a ver aquellos cavalleros, que dellos vienen mal heridos e quiero ir a ponerles cobro.

Y el rey le dixo que fuesse en buena hora e que no tardasse allá, que se viniessen luego acostar, que venía muy trabajado. Y el conde respondió que le plazía. Y el conde fuesse para los cavalleros que havían quedado afuera de los heridos, que serían hasta siete mil cavalleros, e mandoles que se adereçassen luego, que se havían de partir de allí secretamente por que el rey su tío no lo supiesse. E partieron dende al primer sueño.

E tuvo allí sus adalides que lo levassen hasta el real del rey Sornaguer, y este estava seguro en su real, pensando que los franceses estarían trabajados diziendo que no harían hazienda ninguna en hecho de armas en esse día ni en otro. Y el rey, estando seguro en su real, dio el conde encima dél con siete mil lanças en tal manera que, el que a la postre llegava, por ruin se tenía. E la pelea fue de tal manera que desbarataron al rey e mataron e hirieron tantos moros que maravilla era. E quando el rey Sornaguer e los otros dos reyes fueron adereçados, ya estava una legua del real, que se venían para París. E quando acordaron los dos reyes para venir tras dél, ya estava el conde en salvo, que no hazía sino andar. A hora de maitines llegó a la ciudad de París e, quando los de la ciudad sintieron que venía gente, mandaron repicar las campanas e dar grandes bozes diziendo “¡a las armas!”

Y el rey, desque esto oyó, levantose muy despavorido por el roido que oía e, llamando a sus pajes que le vistiessen e los otros que le truxessen sus armas e cavallo, e mandó que le sacassen hachas encendidas e fuesse para las puertas de la ciudad e preguntó por el conde su sobrino a grandes bozes, e los cavalleros de la ciudad le dixeron:

Señor, creemos a nuestro pensar que es vuestro sobrino el conde, pues que aquí no paresce e trae tal roído.

E desde esto oyó el rey, salió de las puertas de la ciudad afuera e vido a su sobrino que venía con su cavalgada e traía muchos cavallos e azémilas e tiendas e armas e muchos prisioneros. Y entonces llegose a su sobrino e abraçole, diziendo:

Guárdete Dios de mal e de traición.

E fuéronse ambos a dos mano a mano para el palacio, e hízole dar muy bien de almorzar e a la compañía, que bien avían trabajado toda aquella noche.

XVI

Cómo el rey Sornaguer embió al rey de Francia, conbidándole a batalla señalada

Tornemos al rey Sornaguer, que estava muy sañado de tales dos deshonras como avía rescebido. E aún en más tenía el desbarato que le avía venido y embió a saber “quién era aquel cavallero que tan esforçado anduvo por nuestro real”. E los adalides le dixerón:

Señor, este cavallero no es el rey de Francia, sino un su sobrino hijo de su hermana, que en las sierras de Ardeña fue perdido cuantía de un año. Agora vino con diez mil lanças y es hombre denodado y de buen cuerpo e de buena fuerça.

E desde esto oyó el rey Sornaguer, mandó escrevir cartas para el rey de Francia y embió un mensajero con ellas para su sobrino. E que le emplazava para la batalla a un día señalado, con condición que si el rey de Francia vencía al rey Sornaguer, que él e los otros dos reyes le diessen parias cada un año e, si él desbaratasse al rey de Francia, que él e su sobrino fuessen sus vassallos e diessen parias según él las havía de dar. E, para que estoviesse más seguro, que diessen sus rehenes para lo así complir, por que no se saliesse ninguno de la postura que dicha era. E fuesse en la manera que él quisiesse: a cavallo o a pie, o uno por uno, o diez a diez, o siete mil por siete mil, o veinte mil por veinte mil cavalleros.

E luego los mensajeros fueron al rey de Francia con la mensajería e dieron sus cartas al rey e al conde su sobrino.

XVII

Cómo el conde Partinuplés pidió al rey su tío la batalla se hiziesse uno por uno y el rey ge lo otorgó, magüer no de buena gana

E luego el conde fue a besar la mano al rey su tío, pidiéndole por merced que fuesse aquel uno por uno. Y el rey, desde aquello oyó, ovo gran pesar por tomar su sobrino aquella empresa, y el rey no ge lo quiso otorgar, por quanto era moço de poca edad e no era usado a las armas. Y el rey Sornaguer era muy mañero y era hombre de treinta años e todos tiempos usando las armas, y era hombre de gran fuerça e muy denodado, que todavía avía provado bien. Allí dixo el conde:

Más vale a quien Dios ayuda que no a quien mucho madruga.

Allí se dexó el conde caer a los pies del rey su tío e començole de besar los pies e las manos, pidiéndole por merced que aquella batalla que la quería fazer de sus manos. E rogava muy mucho a los cavalleros e ricos hombres que ellos rogassen al rey su tío que le pluguiesse de le hazer aquella

merced e, que si no quería, que él se iría a perder, que nunca más curaría dél. Y el rey de Francia respondió a su sobrino e a los cavalleros en esta manera: pues que su voluntad era de lo assí hazer, que él tenía diez mil cavalleros hijos dalgo e muy buenos hombres de gran esfuerço; que se pusiesen de la otra parte otro diez mil cavalleros moros e que assí haría la batalla mucho bien, plaziendo a Dios, e que levaría lo mejor. Entonces respondió el conde e dixo:

Cierto es, señor, si merced me avéis de fazer, yo por mi cuerpo la batalla he de tomar.

E rogava a los cavalleros y escuderos que rogassen al rey que le hiziessen aquella merced, y el rey diziendo todavía que no podía ser. E a todo esto llorava el rey por la grande cuita que avía dél, que era moço e niño e no era usado a las armas, y el rey de Francia dezía en su coraçón que, si desbaratado fuesse, que el rey Sornaguer tomaría el reino en su poder. E los cavalleros de España dixeron:

Señor, hazelde esta merced al conde, que es muy buen guerrero e tiene buena fuerça e buen denuedo, sobre todo bien ligero e, Dios queriendo, él levará lo mejor.

E todavía llorava el rey de Francia, demandando a Dios por merced que pusiesse en coraçón a su sobrino que no fuesse, por que se vería en gran priessa, e todavía le rogavan los cavalleros al rey que le diesse aquella licencia. E luego el rey dixo que le plazía de buena voluntad e luego el conde le fue a besar las manos con muy grande alegría, que le pareció que todo el mundo era suyo. E luego escrivieron sus cartas y embiáronlas con los mensajeros del rey Sornaguer que las levassen a su señor. E lo que dezía en ellas era esto: que cada uno dellos jurassen su ley, que lo que entre ellos fuesse puesto que no passe otra cosa, e que mandasse hazer un campo muy hermoso. Y el rey Sornaguer [viniessen con] diez mil moros desarmados que no levassen armas ningunas, chicas ni grandes, para que guardassen el campo. E de aquella guisa viniessen el conde con otros diez mil franceses desarmados que no truxessen armas chicas ni grandes e que levassen ambos a dos cuantas armas pudiesen levar ellos e los cavallos.

E assí enbiaron los mensajeros. E desque el rey moro vido las cartas, plúgole mucho de coraçón, por quanto havía grande desseo de se ver uno por uno [con] el conde, por quanto oyó las nuevas que era buen cavallero esfuerçado en armas.

XVIII

Cómo en el día señalado vinieron al campo el conde Partinuplés y el rey Sornaguer y ellos, bien amonestados y esfuerçados de los suyos, començaron a darse de grandísimos golpes e quedó vencedor el conde

Los franceses adreçaron al conde lo mejor que ellos pudieron; assí hizieron los moros al rey Sornaguer. En guarda del conde iba el rey de Francia con mil franceses, y en guarda del rey moro iba el conde Mares, que era su mayordomo mayor. E llegaron los franceses y los moros al campo con los caballeros y el rey de Francia metió a su sobrino en el campo y el conde besó la mano al rey. Y el rey diole su bendición y encomendolo a Dios, e desta guisa hizieron los moros al rey. Y el rey entró en el campo e luego se fueron el uno para el otro e besáronse en las bocas. Y el moro se encomendó a Alá e a Mahoma su señor, y el conde a Aquel que lo hizo. E luego arredráronse afuera el uno del otro e dexáronse venir assí como enemigos mortales, las lanças en los ristros e las hachas en las cintas.

E luego echaron mano a las lanças e fuéronse a dar tan grandes golpes quanto la fuerça de los cavallos los pudo llevar. E de tal guisa se dieron los golpes que hizieron volar por pieças las lanças. Luego echaron mano a las hachas e tan grandes golpes se dieron hasta que saltaron los yelmos de las cabeças e no se hizieron ninguna cosa. E, veyéndose assí, echaron mano a las espadas e diéronse tan grandes golpes que hazían saltar las centellas de los yelmos. Y el rey Sornaguer era hombre muy mañero, que dio un golpe con el espada al cavallo del conde por el cogote que dio con él muerto en tierra, que oviera de caer sobre el conde. E el conde era muy ligero, que sacó los pies de los estrivos e saltó al través e parose de cara del rey, su espada sacada en la mano e su escudo ante los pechos. Y el rey de Francia e los franceses, desde que lo vieron apeado al buen conde, començaron de llorar e hazían muy gran llanto; e hazíanlo muy de quedo por que el conde no lo oyese, por que no desmayasse. E los moros ovieron muy gran plazer porque el conde estava a pie y el rey a cavallo, que hazían cuenta que era vencido.

Y el conde, assí estando, dezía al rey que viniessse e por qué allí estava parado o qué avía allí venido y entrado en el campo. E respondió el rey Sornaguer e dixo que estava esperando que llevasse al rey de Francia las parias:

— Por que vos, conde, no muráis, que tengo grande cuita de vos.

E respondió el conde:

—Hazed lo que havéis de complir, que yo no so aquí venido para ser novio, sino para vencer o morir, que no tengo ferida ninguna en mi cuerpo que sea peligrosa. Que más desonra me sería hazer esto que me demandades, mas guisad vuestro cavallo e hazed de manera que no vaya el día en balde; no estemos sin razones.

Y el rey Sornaguer dixo al conde:

— Yo cuita he de vos, que si yo quisiesse tropellarvos ya con mi cavallo que bien lo podía fazer.

Allí dixo el conde:

— Hasta aquí no vos he miedo ninguno.

E desde aquello oyó el rey Sornaguer que lo tenía en poco, dio despuelas al cavallo por tropear al conde. Y el conde era muy ligero e dio un salto al través e alzó el braço quanto pudo e dio con el espada un golpe por abaxo de los ojos al cavallo que le fendió la cabeça hasta las muelas, de tal guisa que cayó del cavallo el rey de tal manera que pensaron que lo havía muerto. E luego el rey se levantó y el conde començolo a herir tan rezio que parecía un herrero. Y el rey Sornaguer eratán fuerte e tan rezio que muy bien podía soportar aquellos golpes e aún más que fueran, y él sabía muy bien luchar e fue a abraçar al conde pensando de lo derribar. E anduvieron assí abraçados una grande pieça de tiempo. Y los franceses avían muy gran duelo porque assí los veían andar a dos apeados, e con esto rogavan los franceses a Dios por el conde, que lo victoriasse contra su enemigo. Otro tanto dezían los moros por el rey su señor, e anduvieron assí los cavalleros luchando. E desde el uno ni el otro no se podían levar, dixo el rey Sornaguer al conde:

Descansemos un poco, si vos plaze, e después tornaremos a nuestra hazienda.

Y el conde lo tomó por bien e apartáronse el uno del otro. Y el rey se fue a assentar encima de su cavallo que estava muerto; y el conde no se quiso assentar, mas puso la punta de su espada en tierra e sus pechos encima de la manzana. Y estoviéronse assí una gran pieça de tiempo hasta que fue medio día e dixo el conde al rey:

Levantadvos dende que ya tiempo es que tornemos a nuestra batalla començada, que no se nos vaya el tiempo en balde, que muy enojados están los cavalleros que guardan el campo.

Allí dixo el rey:

Plázeme de voluntad.

E levantose en pie. E assí se hablan como hermanos carnales e assí pelean como enemigos mortales e cóbrense de los escudos. E fuéronse dar tan grandes golpes con las espadas que las centellas de los yelmos hazían saltar. Y el conde dio al rey un tan gran golpe encima del yelmo que se le quebró la espada encima de la cruz, que no le quedó ninguna cosa en la mano salvo la mançana. Y desde que el rey vido que la espada del conde era quebrantada, començole de herir muy de rezio, y el conde bolvíala cabeça e los franceses pensavan que quería huir e començaron de llorar pensando que ya el buen conde se dava por vencido. E los moros avían muy grande alegría por cuanto el conde se retraía, pensando ya que el rey Sornaguer avía de quedar vencedor. E assí retrayéndose el conde, vido en el caballo del rey Sornaguer que estava muerto una visarma que era muy fuerte e bien templada que para el rey avía traído. E fuesse el conde para el caballo del rey Sornaguer e sacó la visarma con muy grande coraje que avía e fue a herir al rey por encima de la targia, que tan grande golpe fue que le passó las armas todas e llegó la punta a la carne, en manera que no podía ferir el rey al conde. E porfiava mucho el rey por llegar al conde e la punta de la visarma le hazía estar quedo. Y el rey, estando assí herido, no podía el conde sacar la visarma e no hazía el rey sino herir en el conde; e de tal guisa lo aquexava hasta que el conde se ovo de apartar.

E después se bolvió el conde muy de rezio al rey e diole unatán gran coz en el escudo e asió mano de la visarma hasta que la ovo de sacar e, tan rezio como la sacó, tan rezio le fue a dar por medio del yelmo que quebró la visarma, que no era para dar golpe sino para estocada. E cuando esto vido el rey, que el conde no tenía armas e que el conde estavatán cansado, qué quisiera holgar si el rey le diera vagar. Y el conde Partinuplés, desde que vido quebrada la visarma, vínosele mientes de la espada que le avía dado su enamorada Melior, la emperatriz, y traía la atada en el arzón de la silla del caballo, que estava muerto en el campo suyo. E fuesse para él e cobró la espada e cobró tan grande esfuerço que por maravilla era, e parecía que no avía hecho ninguna cosa en pensar que ge la avía dado su señora Melior. E fuesse para el rey e començolo a herir atán de rezio que maravilla era. Allí dixo el rey:

¡Válasme, Mahoma! ¡parésceme que este cavallero agora comiença el campo!

Y el rey estava tanto cansado que no podía alçar el braço e hincó los inojos delante del conde e diose por su vasallo. E desde que esto vido el traidor del conde Mares, que guardava el campo sobre su fe e juramento que le avía hecho al rey su señor que allí no fuesse armado ninguno de su parte, e hizo el conde Mares ir a todos cuantos allá fueron armados. E desnudaron todas las ropas e pusieron mano a las espadas que ellos traían secretamente y entráronse en el campo con un alarido muy grande y echaron mano al conde e leváronlo consigo, pensando que el rey Sornaguer su señor era muerto. E desde que esto vieron los buenos de los franceses, entraron ellos en el campo y echaron mano al rey moro e dieron a huir con él a la ciudad de París. Y el rey moro, de que esto vido, començó de dar muy grandes bozes e a llamar:

¡Traidores, ah, traidores! ¡que el traidor del conde Mares falsado me ha!

E andando con este pesar con los moros que ivan con él, que [eran] siete cavalleros de los mejores, todos despuelas doradas. E desde que vieron los moros que ivan assí los christianos, dieron entre ellos e, desde que el rey de Francia aquello vido que assí se hazía, no hazía sino andar. Y entraron llorando por la ciudad y el rey moro entrellos, que no lo conocieron jamás mientras con ellos fue.

XIX

Cómo el conde Mares llevó al conde Partinuplés preso por traición [e cómo los dos reyes moros hizieron matar al conde Mares por la traición que hiziera]⁶

Volvamos al conde Mares, que llevaba preso al conde Partinuplés, que anduvieron hasta que llegaron al real de los moros. Dos reyes vassallos del rey Sornaguer, los cuales avían quedado en guarda del real por su mandado con toda la cavallería, e desde que los reyes vieron venir al conde Mares y no venía su señor, preguntáronle por el rey. Y el conde les contó el hecho de la verdad cómo les avía acontecido y cómo traía preso al conde de Bles y desde que lo ovieron prendido, nunca vieron al rey ni sabían dél. Y desde que esto vieron los reyes, ovieron muy grande pesar por lo que el conde avía hecho en traer a su enemigo y dexar a su señor cautivo. Y los reyes entre ambos a dos metieron mano a las espadas y fueron herir al conde de tal manera hasta que lo mataron. Y luego tomaron al conde Partinuplés, tomáronlo en su poder e hiziéronle mucha honra, assí como él avía menester. Pero por guardarle mejor y estar más seguro que no se les fuesse, metíanlo en un sitio de noche y de día sacávanlo y dezían e hazíanle mayor honra que ellos podían. Y esto hazían ellos por que si el rey su señor fuesse vivo que darían por él el conde Partinuplés e, si fuesse muerto el rey Sornaguer, que darían al conde por que los dexasse ir seguros a sus tierras el rey de Francia.

XX

Cómo los franceses hazían grande llanto por el conde

Tornemos al rey de Francia su tío e a los cavalleros, que hazían el mayor llanto del mundo por el bueno del conde pensando que era muerto. Y el rey su tío estava metido en un palacio encerrado, haziendo el mayor llanto que podía hazer. Estando assí airado, no avía cavallero que se osasse parar delante dél para le dezir cosa alguna, e assí estuvo toda aquella noche. E otro día por la mañana todos los cavalleros fueron ante las puertas del palacio del rey, y el rey Sornaguer con ellos, mas no por que lo conociessen, que assí estava entre ellos como si fuera otro cavallero. Y mandó el rey de Francia abrir las puertas del palacio e todos los cavalleros entraron dentro, y el rey Sornaguer con ellos. Y desde que los cavalleros fueron dentro, el rey de Francia les començó a dezir cómo el rey Sornaguer era muy desleal y falso traidor y que le avía falsado la fe e la verdad y el juramento que avía hecho. Y desde que oyó el rey Sornaguer, llegó ante el rey y començó a dezir:

Nunca Dios lo quiera que yo sea traidor, y por esto vine yo a vuestro poder. Mas, porque yo fie mi campo al conde Mares, que era de pequeño suelo, me tengo por agraviado. E maldito sea el rey que campo fía de villano, sino que sea hombre hidalgo por que su verdad no sea falsada.

Entonces dixo el rey Sornaguer al rey de Francia:

Señor, mandad escrevir cartas y embialdas a los dos reyes que están en mi real. E si el conde fuere vivo, por mí lo darán; e si fuere muerto, hazed de mí lo que vuestra merced mandare, que en vuestro poder estoy.

Desde que oyó el rey de Francia, preguntó a sus cavalleros si avía allí alguno que lo conociesse y todos le dixeron que no. Entonces habló un cavallero español e dixo:

6. El fragmento entre corchetes se incluye en el texto como parte del capítulo XX; sin embargo, en virtud del orden en que suceden los acontecimientos, considero más coherente trasladarlo al XIX.

Señor, hazed sacar los cavalleros que el conde mi señor vos presentó aparte, que ellos vos dirán si es el rey su señor.

E luego mandó el rey de Francia sacar aquellos cavalleros moros que estaban en otro palacio enterrados e entraron por el palacio del rey de Francia. E desque fueron dentro e vieron al rey Sornaguer su señor, hincaron los inojos ante el rey e fuéronle a besar las manos e los pies. E desque esto vido el rey de Francia fuele a tomar por la mano e assentolo a par de sí, hizo cuenta que tenía a su sobrino. E luego fueron escritas cartas para los dos reyes e para el conde Mares: que luego vistas aquellas cartas, en aquel punto tomassen el buen conde de Bles e le truxessen los dos reyes lo más honradamente que ellos pudiessen. E mientras que las cartas se escrivían, óvolo de saber la ciudad de París cómo allí estava el rey Sornaguer e que lo tenía el rey de Francia en su poder. Franceses y españoles grandes alegrías hazen, e luego fueron embiadas las cartas con los mensajeros muy apriessa. E mientras los mensajeros ivan con las cartas, el rey de Francia y el rey Sornaguer e los otros ricos hombres y hijos dalgo avían tan gran plazer que por maravilla era.

Oyendo contar al rey Sornaguer de cómo le avía acontecido con el buen conde Partinuplés, en cómo se razonavan como hermanos carnales e de cómo peleavan como enemigos mortales. E estando ellos assí en este plazer, llegaron los dos mensajeros a los dos reyes que estaban en el real e, desque vieron las cartas, supieron quel rey su señor era vivo. Ovieron muy grande alegría que no podríades pensar, que se pensavan que los franceses [lo] avían muerto. E ovieron singular plazer los mensajeros porque avía muerto el conde Mares, por quanto el rey su señor le havía dado que guardasse el campo e ellos ambos a dos lo avían muerto, e pensaron los reyes que los embiavan a llamar para dellos por traidores, diziendo que era traición. Ambos los reyes enbiaron cartas en aquesta manera al rey su señor: que supiesse de cierto quel conde Mares era muerto e que ellos lo avían muerto por oír la traición que avían hecho, e por esso viesse su señoría lo que mandava.

E luego los mensajeros se partieron con las cartas e fueron todas al rey de Francia y él y el rey Sornaguer abriéronlas e luego vieron lo que dizía en ellas e, desque las ovieron leído, hizieron grandes alegrías que por maravilla era, porque era [vivo] el conde su sobrino. Y el rey Sornaguer dio gracias a Alá porque saldría de cativo. Entonces el rey de Francia y el rey Sornaguer e los cavalleros ordenaron en esta manera: que pregonassen assí que ninguno no fuesse osado de hazer mal ni daño a los moros, so pena que les cortassen las cabeças. E escrivieron sus cartas y enbiáronlas con los mensajeros a los dos reyes: que viniessen salvos e seguros e que truxessen al buen conde lo más honradamente que ser pudiesse. E que pregonassen por el real que ninguno fuesse osado de hazer mal ni daño ni guerra por el real, so pena que lo matassen por ello.

E desque las cartas fueron llegadas al real de los reyes, diéronlas a los dos reyes e abriéronlas e vieron lo que dezía en ellas e plúgoles mucho por ello e ovieron asaz plazer por las buenas nuevas que oyeron en las cartas. E luego se fueron para el conde e dixeron aquellas nuevas e luego mandaron adereçar algunos cavalleros que fuessen con los dos reyes e tomaron luego al bueno del conde lo más honradamente que ellos pudieron. E partiéronse luego para la ciudad de París, adonde el rey de Francia estava y el rey Sornaguer e los cavalleros. E desque supo el rey de Francia y el rey Sornaguer que venían los dos reyes e traían el conde, saliéronlos a recibir con toda la cavallería e con la mayor alegría que en el mundo podía ser. E desque llegaron los unos a los otros el buen conde fue a besar las manos del rey su tío y el rey a él en la boca, llorando de sus ojos con muy gran alegría que con él tenía. Y el rey Sornaguer fuesse para el conde e abraçolo dixiendo assí:

-¡Oh del buen cavallero rezió y esforçado, que bien puedo dezir que fui preso del mejor cavallero del mundo!

Y entráronse assí por la ciudad de París e hazían muy grandes alegrías que por maravilla era, que mucho les avía seído bueno. E fuéronse para el palacio del rey de Francia e allí otorgaron las parias al rey de Francia los tres reyes moros e diéronse por sus vasallos e le dieron rehenes, y desta manera fue hecha la paz.

XXI

Cómo los dos reyes moros por derecho libraron que no los pudiesen llamar traidores por la muerte del conde Mares

Bolvamos a los dos reyes que avían muerto al conde Mares sin licencia del rey su señor. E dixeron ante el rey de Francia e ante el rey Sornaguer su señor que, si ellos merescían ser dados por traidores por la muerte del conde Mares, que ellos querían ver en qué manera los perdonava el rey Sornaguer e los dava por libres. E que querían ser librados por su derecho, por que no levassen aquel cargo. E luego el rey de Francia mandó venir delante dél cuantos sabios havia en su corte e hízoles contar toda la entera razón como avía contescido. E los sabios acordaron en esta manera: que el conde Mares merescía aquella muerte e otras más penas por falsar la fe e juramento que el rey su señor avía dado en dexar a su señor llevar a su enemigo. E luego el rey de Francia y el rey Sornaguer diéronlos por libres e por buenos e para pagar las parias dieron en rehenes villas e castillos. E assí fue tornada su tierra al rey de Francia. Los tres reyes fuéronse para sus tierras en paz.

XXII

Cómo su madre del conde Partinuplés llegó a París e cómo fue muy bien rescebida

Tornemos a su madre del conde Partinuplés que, desde supo que su hijo avía librado a Francia de tan gran tribulación, fuese para París. E desde el rey su hermano y el conde su hijo supieron que venía, saliéronla a rescebir con muy grande honra. Y ellos, estando assí holgando, dixo la señora madre del conde al rey que bueno sería que le diesse muger al conde, que ella sabía una donzella en Francia, hija dalgo, que era sobrina del Papa, e que aquella sería buena e que olvidaría a la hada; que muy pertenescente era aquel cavallero para aquel reino e, que si no fiziesse, que tomaría amor con la hada, de tal manera que nunca más lo viessen. Y él respondió que buena sería assí e que le plazía de muy buen grado e que plazía mucho al Papa. E la donzella fue muy contenta dél e luego escrivieron sus cartas e enbiéronlas al Padre Santo.

Y el Papa, desde lo supo, plúgole mucho dello e luego el señor Padre Santo escrivió sus cartas y enbiolas al rey e luego mandó llamar un cardenal e, desde fue venido, mandole que se adreçasse muy bien, porque le avía de enbiar con su sobrina para que la levasse de rienda, y el Papa le mandó cuatro castillos e diez cuentos en casamiento. Esto dava él por las buenas nuevas que siempre oía dezir del conde. E cuando la donzella y el cardenal llegaron cerca de la ciudad de París, enbiaron un cavallero al rey que le dixesse cómo venía. E luego el rey e sus cavalleros salieron a recebirle muy honradamente, con muchos juglares de diversas maneras. E leváronla al alcáçar e estovieron ocho días con el conde diziéndole del casamiento con la sobrina del Santo Padre e

todavía el conde desviándolo, que nunca Dios quisiese que él hiziese tal cosa, que él ninguna manera dexaría a Melior por cuantos tesoros oviese en el mundo. E desde esto vido la señora madre suya, que su hijo era perdido, que la hada lo tenía encantado e para esto ordenaron de le dar veleño en el vino.

Una noche, estando cenando, assí lo hizieron como pensaron. E después que fue enveñado, truxeron a la donzella delante dél muy puesta y él hizo quanto ellos mandaron. No digo con ella que era muger de alto linaje, mas que fuera otra cualquiera. E dexáronlos aquella noche en uno, y ella no hazía al conde sino abraçar e besar y el conde no hazía sino dormir. E cuando fue la mañana que se le quitó el veleño, e demandó a grandes bozes que le diessen su cavallo, que se quería ir a Melior. E la donzella echó mano dél diziendo que no le dexaría, que su marido era, que no de la hada. E tenía tan rezió que no lo quería dexar. E desde el conde esto vido, rodeó la mano derecha e diole una bofetada que la boca le bañó en sangre.

XXIII

Cómo el conde salió airado del palacio e fue para el puerto, donde le estaban guardando los marineros de la emperatriz

Salió el conde por la puerta del palacio muy airado e cavalgó en su cavallo e fuesse para el puerto, que más havía de ocho días que lo estaban esperando. Y entró en el batel, fue para la galea e fuéronse para el castillo de Cabeçadoire, magüer que los marineros no veían a él ni él a ellos. E llegó al castillo e dexó al cavallo arrendado y entrose por el alcázar adelante hasta la sala como lo avía acostumbrado. E desde entró en la sala vido la mesa puesta y el estrado donde se solía assentar, e luego se fue a posar en la silla que estava a par de la mesa. E luego le truxeron aguamanos e fue tan bien servido de muchas viandas e manjares e frutas de muchas maneras. E desde ovo comido tomó aguamanos e los manteles fueron luego alçados, e levantose de la mesa e fuesse para la cámara donde solía dormir e desnudose sus ropas y echose en la cama con muy gran plazer.

Y estando assí echado oyó por los palacios los passos de la emperatriz e, desde la sintió echada, començola de tomar entre sus braços con grande alegría y desseo que della avía, besándola e abraçándola. E contole todo su negocio en la manera que havía passado en la batalla, e la emperatriz dio muchas gracias a Dios porque le avía dado vitoria. E después que le ovo contado toda la manera, el conde tomó las manos a su señora e besógelas, pidiéndole por merced que su señoría le quisiese perdonar. E dixo la emperatriz:

— ¿Cómo assí?

— Sabed -dixo él- que vos he errado, mas no por mi grado, que en la corte del rey de Francia mi tío me desposaron con una donzella, sobrina del Santo Padre. Y esto fue hecho de tal guisa que no supe dónde estava ni dónde no.

E la emperatriz le dixo:

— Yo vos perdono, assí Dios me salve, pero creed que si fuera lo que hasta aquí vos he defendido e vos defiende, que no sea descubierto por vos ni por otra persona mi cuerpo, que todo esso es a mí nada guardando lo que vos he pedido.

Y desta guisa estuvo la emperatriz con el conde bien dos meses holgando e haviendo singulares plazerres en este tiempo.

XXIV

Cómo el conde pidió licencia a la emperatriz para tornar a Francia por causa de los españoles, que se avía olvidado de despedirse dellos

A cabo destes meses, acordose de los españoles que en Francia avía dexado, e pidió por merced a la señora emperatriz que le diesse licencia, que su voluntad era de ir a Francia a ver su tío el rey de Francia e su madre, que con la priessa del desposorio no ge lo havía acordado de despedirse de los españoles, e que agora quería ir a saber dellos. Y ella le dixo que como él quisiesse que assí fuesse, e que ella era contenta de todo e que avía grande plazer en ello. E luego le hizo adereçar una galea e vestido de muy ricos paños y embiolo en paz, todavía pidiéndole por merced que guardasse aquello que le avía encomendado. Y él prometiógelo assí. E, cuando fueron los maitines, dixo la emperatriz al conde:

— Quedad en paz, que vo a poner recaudo de aquello que havedes de llevar.

Y encomendáronse a Dios. E desque amanesció, levantose el conde e halló sus paños ricos de oro e de seda e vestiose muy bien y fuesse para el puerto, e halló la nave muy hermosa, e presto entró en ella e fuesse su viaje hasta el castillo de Bles. Estando su madre a la varanda, vido venir la nave e conosció que allí venía su hijo e, cuando ella lo vido, ovo muy gran plazer. Y el conde estovo assí holgando con su madre tres días e preguntávale ella qué hazía con aquella hada. Y el conde le pidió por merced a su señora madre que no le dixesse hada, que ella no lo era, mas que era de las más nobles dueñas del mundo, e que si Dios le dexasse cumplir los dos años, que ella vería si era hada o otra cosa. La madre dixo:

— Mi pensar es e lo creo, pues vos no la podéis ver ni gente ninguna. Sabed, hijo mío, que es hada o pecado.

Allí dixo el conde:

— Cierto, señora, si todavía me dezís mal de cosa que amo más que a mí, nunca más me veredes en los días que yo fuere vivo.

E la madre le dixo que la perdonasse si le avía hecho enojo alguno, que nunca más ge lo diría. E tomó licencia de su madre el conde e fue a su tío el rey de Francia.

XXV

Cómo el conde fue para París a ver su tío e de la cuenta que le dio de los españoles

E luego otro día se partieron para el rey de Francia e, desque supo que venía su hermana y el conde Partinuplés, saliolos a recibir con mucha alegría, e fue a besar el conde la mano al rey y el rey a él en la boca, diziéndoles:

— ¡Dios te guarde de mal y de traición!

Y assí se fueron para la ciudad y estuvieron allí algunos días holgando e tomando mucho plazer. E súpolo Elenisa, su esposa del conde, cómo estava allí su esposo el conde Partinuplés y embiolo a dezir al señor Sancto Padre que supiesse su sanctidad de cómo era venido el conde su esposo de las tierras de la hada. E desque fueron escriptas sus cartas, enbiolas con dos mensajeros sus vasallos de la señora Elenisa, que fuessen con la respuesta lo más aína que ser pudiesse.

Tornemos al rey de Francia e al conde su sobrino, de cómo demandava cuenta el conde al rey si había contentado a los españoles. Y el rey le dixo quel algo que allí avía traído que por todo lo avía repartido e que ovieron gran pesar porque no se avían despedido dél.

XXVI

Cómo el Sancto Padre enbió a un obispo para que le hiziesse aborrescer a la emperatriz y se quedasse con su esposa su sobrina

Tornemos al Sancto Padre: desde que supo que a París era venido el conde Partinuplés, esposo de su sobrina, no sabía en el mundo qué se hazer. Y estando assí pensoso un día, llegó ante él un obispo e díxole:

— Señor, ¿qué avedes o por qué estáis assí? Pido por merced a vuestra sanctidad que me contedes este negocio, que podrá ser por la gracia de Dios que porné en ello cobro.

Y el Papa ge lo contó todo cómo avía acontecido, y el obispo dixo assí:

— Señor, si vuestra sanctidad me haze merced de un arçobispado, yo haré ver la hada al conde que la aborresca.

Y el Papa ge lo prometió, e aún más si le demandara. Luego el obispo se partió para la ciudad de París e llegó al rey e fue bien recebido del rey e aposentado bien a su voluntad. Y estando aí algunos días holgando, ovo de partir el rey e su hermana a otras tierras. E veyendo esto el obispo, que se quería partir el rey, apartó el obispo al rey e a su hermana e dixo:

— Señores, este joven anda perdido, hazelde confesar comigo por saber toda su intención, e yo trabajaré por tornarlo al reino de Francia.

E plugo mucho a ellos lo que dezía e fuéronse para el conde e dixéronle esta razón: que, pues christiano era, que se confessasse e comulgasse, que haría gran servicio a Dios e que le ayudaría en todos sus menesteres. El conde les respondió que le plazía. Después que todo esto ovo passado, dixo la madre:

— Con este obispo vos confessad, que es hombre de buena vida e trae las vezes del Sancto Padre.

El conde dixo que mucho en hora buena, e luego el conde se fue a confessar con el bueno del obispo. E tanto hizo el obispo en la confesión hasta que ovo de saber su secreto del conde y el obispo le dixo assí:

— Hijo, magüer que haze muestra de muger, e no es sino pecado, que los pecados andan entre los hombres e no los veen.

E con estas palabras convertió el obispo el conde de tal manera hasta que ovo de hazer quanto le mandó. E dixo el obispo al conde:

—Yo vos daré una lanterna que es encantada, que nunca se puede apagar hasta que la quiebren, e levalda con vos cuando entraredes por el palacio o en la sala donde comierdes e ponelda entre las piernas, que no vos la vea nadie. E cuando vos echardes en la cama e las hachas fueren idas, ponelda secretamente a la cabeça de la cama. E cuando viniere la emperatriz jugad e burlad con ella hasta que canse e, después que entendades⁷ que está adormirda, sacad la lanterna muy quedo

7. En el texto “entadades”. Bonilla propone “notaredes”.

e quitad la ropa encima de los pechos e verla hedes. E, si fuere pecado, no la podrades ver, e quitaredes dubda de vuestro corazón.

Y el conde le dixo que le plazía de muy buena voluntad. E otro día de mañana cavalgó en su cavallo e fuesse su camino con corazón turbado, e fuesse para el puerto donde estava la nave que lo havia traído y entró dentro e fuesse su viage hasta el castillo do era la emperatriz. Y el conde, llegando al puerto, su corazón todo arrebatado pensando que la señora ge lo havia barruntado, que muy sabia era en todas las cosas. E luego se fue derecho para el alcázar donde solía comer e assentose a la mesa según que de antes avéis oído, e luego tomó aguamanos e fueron traídas muchas viandas de diversas maneras, e de tal guisa fue servido que un emperador se deviera contentar.

E con todo esto las carnes le temblavan, porque havia de hazer tan gran traición. E después que fue la tarde e la noche fue llegada, vido ante sí dos hachas según que lo havia acostumbrado, e fuesse para el palacio donde era la cama de la emperatriz e assentose en el estrado que era en par de la cama. E no se quiso desnudar por la lanterna, que no sabía dónde la poner, e miró adónde estaría bien e púsola a la cabecera de la cama. E después oyó los passos de la emperatriz e, desque fue llegada a la cama, desnudose los paños e lançose en la cama, que él ya estava echado. E allegose al conde y el conde la tomó en sus brazos e començola de besar e de haver plazer con ella en tal manera que la cansó. E después que la vido bien cansada, durmiose la emperatriz, de tal guisa que aunque la travaran de la oreja no recordara.

E desque vido que estava bien adormida, sacó la lanterna que tenía a la cabecera de la cama muy sotilmente que no era osado dezir, e sacó la candela que estava en la dicha lanterna e descubriole⁸ los pechos muy quedo, de tal guisa que ella no lo sintió.

XXVII

Cómo cayó una gota de la candela en los pechos de la emperatriz e la despertó y cómo quería hazer matar al conde

A tanto mirava su hermosura que no se hartava de la ver y, estándola mirando, cayole una gota de la cera en los pechos ardiendo, de tal manera que la despertó. E desque la emperatriz se vido descubierta, dio un grito muy grande, diziendo:

-¡Válasme Dios e Santa María, cómo soy muerta!

De guisa que se ovo de amortecer e, desque el conde vido que ella lo havia visto, dio con la lanterna en el suelo de tal forma que la quebró. E començó de llorar el conde Partinuplés y maldezirse a sí mismo e a su madre y al rey de Francia su tío e al obispo e a cuantos havían seído en el consejo. A poco de rato recordó la señora emperatriz e començó de llorar e dezir assí:

—¡Don Traidor! En mal punto hezistes lo que havéis hecho, que vos haré matar e hazer pieças en cuanto el día sea, que vos havedes muerto a mí, deshonorado, que no era esto lo que vos avía rogado que por este recelo vos no curásedes de descubrir a mí. Agora veredes vos a mí, e a cuantos ay en mi imperio sabrán de mi deshonor.

E saltó la emperatriz de la cama y empeçó de se vistir e, mientras ella se vistía, el conde no hazía sino llorar, pidiéndole por merced que le perdonasse, que nunca otra vez lo tal haría e que él se sentía por traidor por aquella traición que havia cometido. Allí habló la emperatriz:

8. En el texto, “descubriale”

— Por cierto bien [sé], traidor, que como passastes lo más, passaredes lo menos, que no avíades de esperar sino cinco meses e fuérades señor de mí y de todo mi imperio. E agora havedes perdido a mí y a todo lo mío. Agora vos haré matar en cuanto venga el día, que todo lo otro vos perdonava salvo esto que vos havedes hecho.

E dexolo assí e fuesse para el palacio de su hermana Urracla e començó de llorar e de messarse de tal son que la hermana y dueñas e donzellas havían gran temor por la ver assí, que no sabían en el mundo qué se hazer ni con qué la conortar. E la emperatriz tomó la hermana por la mano e apartola en secreto e contole todo como le havía acontecido en la assí descubrir el conde y deshonrar. Y que su encantamiento ya no era ninguna cosa, que todas las gentes la podían ver a ella y a él. Dixo la hermana:

—Yo me iré para el palacio por que no se vaya e llamaré hombres para que vengan armados para que lo hagan pedaços.

E la señora emperatriz mandó llamar sesenta hombres, todos armados, y que viniessen a la sala que estava en frente del palacio e que esperassen allí un cavallero malo que havía hallado en su palacio y ella fuesse a posar en unos coxines al quicial del palacio a aguardallo. Y el conde no hazía sino miralla: cuanto más la mirava, más hermosa le parecía, e con el lloro que havía tenido estava que le parecía el grano de la granada colorada, e aún más que la rosa magüer que no estava compuesta, que más linda parecía que otra que estoviesse compuesta. El conde estava en la cama assentado e desnudo, que no tenía ropa ninguna que se vistiesse, que assí quería la señora emperatriz que muriesse desnudo, por que fuesse más deshonorado.

Y estando assí, Urracla, su hermana de la emperatriz, estava adereçando sus paños, que se vistiesse por que pareciesse bien, que muy grande desseo tenía de ver al conde su cuñado, mas no en aquella manera que estava esperando la muerte. E cuando el día fue claro, Urracla se fue para el palacio donde estava la emperatriz e vido al conde que estava en la cama assentado pidiendo por merced a la emperatriz que lo perdonasse. E la emperatriz no le respondía ninguna, que bien parecía en su cavallo [sic] de la señora que no era su voluntad. Esto era hazia el alba, e dende a poco de rato, oyó el conde por la sala los hombres armados, entonces ovo el conde gran temor de ser muerto.

Y estado assí, entró Urracla por la puerta del palacio y el conde, desde que la vido, mirola muy bien, la cual era muy hermosa: el su rostro amoroso e gracioso, e la su cabeza era pequeña y los sus cabellos rubios, que parecían de oro fino; los sus ojos orientos e pintados, e las cejas prietas, e la frente blanca, su garganta luenga, y el rostro aguileño, y la nariz afilada, la boca pequeña, los beços colorados, e los dientes de su boca blancos como la nieve y menudos, e las sus espaldas largas, los pechos altos, sus tetas pequeñas, los sus braços de buen talle, las sus manos pequeñas e blancas, los dedos largos e delgados, e muy delgada la cintura, las sus caderas anchas y el su pie pequeño y socavado. Este es su talle de Urracla, hermana de la emperatriz.

E cuando ella entró en el palacio, las dueñas e las donzellas quedaron fuera, con gran temor que avían de su señora la emperatriz, porque veían que estava muy airada, que no osavan pararse delante, atán grande era su saña. E Urracla fue derecha a la cama e miró al conde, como era de tan buen cuerpo e atán hermoso. E la señora Urracla començó a dezir al conde assí:

— Hermano, señor, ¿por qué heziste tamaño pesar a mi señora hermana la emperatriz? Que como haviades passado lo más, passárades lo menos, e gozárades vos e mi herana e yo, e fuérades emperador.

E desde que el conde supo que aquella era su hermana, tomole las manos e besógelas, diziendo:

— Señora hermana, sabed que fui engañado por mi madre e por mi tío el rey de Francia e por un traidor obispo.

E desde esto oyó Urracla, fuesse para Melior su hermana e començole a besar los pies e las manos, pidiéndole por merced que lo quisiesse perdonar, pues que no avía sido el yerro por él. Respondió entonces la emperatriz que no lo haría de ninguna manera e fue con esto al conde Urracla. Todavía el bueno del conde rogándole que trabajasse lo más que pudiesse en ello, e luego bolvió Urracla a la señora su hermana Melior e tornole a besar las manos, rogándole e pididéndole por merced que oviesse piedad dél, que no muriesse assí pues que no fue en él. Todavía dixo la emperatriz que avía de morir. E tornó Urracla a la cama a dezir al conde que todavía no quería, en manera que no hazía otra cosa Urracla sino ir a la cama del conde e bolver a la emperatriz; en fin dixo a la señora emperatriz que, pues lo avía traído de su tierra, que le mandasse dar su cavallo e que no lo matasse. Escusábase⁹ todavía ella diziendo que no.

— Pues sed segura que sus parientes vos lo demandaran, e todo lo otro que avéis passado con él. E sabed, señora hermana, quel marido que oviéredes vos lo dará en çahería.

E mientras esto le decía estava echada a sus pies, besándogelos e rogando todavía por el buen conde, de tal guisa que nunca la pudo sacar de no. Aquí dixo Doña Urracla:

— Señora, pues hazedme una merced, que no lo hagades assí matar desnudo, que yo traeré los paños que él aquí traxo y el sabueso y la bozina y su cuchillo.

E la emperatriz le dixo que le plazía e que en esso no tardasse. E Urracla fuesse en buena hora para el puerto de la mar e hizo adereçar dos naves que estavan cerca de la ciudad a do ellos estavan. E después fue a palacio de la emperatriz e levó los paños del donzel e començose a vestir. E fue e adereçó los paños de lino e sus ropas que allí avía traído, e su cavallo morillo e su espada, e fuesse para el palacio de la emperatriz. E començó a vestir al donzel e ambos a dos a llorar. E desde ovo vestido al conde, tomolo Urracla por la mano e fuéronse para la emperatriz e hincó los inojos ante ella rogando a la emperatriz:

— Señora, ¡perdonad a tan hermoso donzel!

E la emperatriz diziendo assí:

— Por cierto morirá el traidor.

Respondió Urracla:

— Yo quiero ir con él e lo matarán, yo lo enterraré e hazerle he mucha honra como a mi cuñado.

XXVIII

Cómo Urracla escapó al conde la muerte e le enbió en una nao a su castillo de Bles

9. En el texto “esclavasse”.

E ella tomolo por la mano e levolo por la sala con la manga del pellote encima de su cabeça del conde. E cuando los hombres de armas lo vieron salir, pusieron mano a las espadas, e dellos a las porras, e dellos a las visarmas, para lo matar e despedaçar. E Urracla les dixo:

— Estad quedos, señores, que no es este el cavallero que mi señora hermana manda matar, mas es un escudero que enbía sobre el mar. E cuando saliere el otro, mataldo, quel otro es señor, este es vassallo.

E fuéronse para el puerto Urracla y el conde, e díxole Urracla:

— Tomad vuestro cavallo, el que aquí truxiste.

E metiolo en la nao y encomendolo al maestre de la nao que lo llevase hasta Bles salvo y seguro. E dixo al maestro de la nao:

— Aunque vos llame la emperatriz no volvades a su llamado, si no yo vos mandaré cortar la cabeça.

Y ellos se fueron assí e Urracla se metió en otra nao por miedo de la emperatriz porque no la llamasse. E fuesse a la tierra que le havía dexado su padre y fue tan enamorada del conde que, si no fuera su cuñado, consigo lo levava, que atán bien le pareció en todas las cosas que cualquier gentil hombre podía tener.

XXIX

Cómo el conde llegó a Bles e no quería ser rescebido, llamándose a sí mismo traidor

Tornemos al cuitado del conde, que lo puso el maestro de la nao a la puerta de la villa de Bles, e desque llegó allí era de noche y el velador conosciolo e vale a besar la mano. Y el conde le dixo que se fuesse, que era traidor, e arrimose el conde a la cerca e començó de llorar tan fuertemente que por maravilla era. Y desque esto oyó el velador, fue llamar a su madre del conde que lo viniesse a ver, que estava muy triste, e la madre, cuando lo supo, fue destocada. Assí como lo vido, fuelo abraçar, y el conde púsole la mano en los pechos e diole un tan grande empuxón, diziéndole assí:

— No me habledes ni me abracedes, por quanto me hezistes traidor, y el rey de Francia mi tío y el traidor del obispo que, si yo supiesse adónde estava, yo le mandaría poner un bacinete ardiendo en la cabeça.

E la madre, desque lo oyó, empeçose rascar e de llorar muy rezio, diziendo que no avía culpa. Y el conde le dixo que se fuesse en hora buena e que no le mirasse ni hablasse, que todos le avían seído traidores. E fuesse allí el conde a meter en una casa de un sotil labrador e, después que estuvo dentro, cerró las puertas e començó de llorar, haziendo muy gran llanto. E, desque esto oyó la madre e las amarguras que hazía, quería tornarse loca. Y el conde la denostrava de tal guisa que quantos la oían cuidavan que era tornada loca, y estuvo allí hasta tres días, que no comía ni bevía sino dando bozes.

XXX

Cómo el rey Sornaguer enbió su hijo al conde Partinuplés

Tornemos al rey Sornaguer, que desque supo que el conde era en Francia, este rey tenía un hijo al cual llamavan Aufete y el rey le dixo:

— Hijo, idvos a Francia, allí hallaredes un cavallero que es sobrino del rey de Francia e ha por nombre el conde Partinuplés. Servildo e curad de aprender sus costumbres.

E Aufete, desde que lo oyó, plúgole de muy buen grado por cuanto oyó dezir que era buen cavallero, e luego en esse punto partió del reino del rey su padre e fuesse para Francia. Luego preguntó por el conde e los franceses le dixerón que estava en el castillo de Bles e que allí lo hallaría. E luego se partió para allá e llegó a la puerta do era el conde, e llamó e preguntó quién era e dixo cómo era Aufete, hijo del rey Sornaguer, que lo embiava su padre a estar con él. El conde le dixo que mucho en hora buena, si él quisiese hazer su mandado, y él le dixo que sí haría en cuanto la fuerça le alcançasse. E luego el conde abrió la puerta y entró dentro e abraçolo e besolo, e díxole assí: que se podía llamar hijo del mejor cavallero del mundo e del más verdadero que, si assí no fuesse, que otramete no entraría en su compañía. Aufete le dixo:

— ¿Cómo assí?

— Porque mi señora madre y el rey mi tío hizieron que fuesse traidor, en el reino no entraré más hasta que vea lo que desseo. Assí, hermano, hazed lo que yo vos mandaré si vos queréis haver mi compañía e yo la vuestra: hazedme amassar pan de cevada y traed aquí un jarro de agua.

Y él hizolo assí como ge lo mandó el conde. E desto comía él cada día del mundo, e aún aquesto no comiera sino por la hambre que lo aquexava. Y en esta mezquina vida estovo ocho meses. E desde que el rey de Francia su tío supo cómo se avía tornado loco su sobrino el conde e deshorrava a su madre, por esto no quería el rey de Francia ir a verlo, porque se tenía por culpado.

E desde que se complieron los cinco meses en que se cumplían los dos años en que había de ser emperador, desde que lo supo el conde que cumplieron los dos años, hazía muy grande lloro e grandes cuitas que por maravilla era. Que no siento hombre en el mundo que lo oyesse que no le quebrasse el corazón según sus amarguras, porque el tiempo se había conplido. Y todos cuantos lo oían pensavan que era loco, por aquellas cosas que dezía.

XXXI

Cómo los reyes e los cavalleros del imperio juntos se fueron a la emperatriz para que se casasse, e cómo se ordenaron Cortes

Tornemos a Melior, que estava en su castillo, e cómo mandó hazer Cortes e ayuntáronse todos siete reyes e condes e duques. E desde que fueron todos llegados a do la señora estava, díxoles assí la señora emperatriz: que supiesen cómo le habían dado plazo de dos años e que eran ya passados y que en este tiempo que avía de tomar marido. E díxoles que no lo tenía recaudado, entonces dixerón los reyes qué mandava su señora que hiziessen en ello. Entonces dixo la emperatriz que lo que ellos bien toviessen que esso hiziessen, y ellos respondieron que buscarían el mejor hombre que pudiesse ser que fuesse pertenesciente para su merced que fuesse emperador. Y en estó acordó la señora que les pedía por merced que esperassen un poco.

Y ellos estando assí entró un mensajero por el palacio donde estava la emperatriz e los cavalleros e hincó las rodillas y besó una carta que traía e pasola encima de su cabeça y diola a la señora. E luego la emperatriz la leyó y entendió lo que en ella dezía. E desde que la ovo leído, pidió por merced a los señores que le diessen dos o tres meses de plazo:

— Para que embié por este cavallero que aquí me embían a dezir que es pertenesciente para mí y, porque es de luenga tierra, en estos tres meses enbiaré por él.

Y los reyes ge lo otorgaron, e luego fueron derramadas sus Cortes.

E todo esto assí hecho, embió la emperatriz por su hermana Urracla, embiándole a pedir por merced que llegasse hasta donde ella estava, por quanto ella quería tomar consejo con ella. E la hermana no osava ir allá, por miedo que la faría matar, porque muchas vezes havia embiado por ella por saber del conde si era muerto o si era vivo. E Urracla le embiava a dezir que era tornado loco, e por esso no osava ir a la emperatriz. Y cuando la emperatriz le embiava una carta a un lugar, luego Urracla huía a otro, porque no le enbriasse otra casta, e assí anduvo huida de lugar en lugar. En esto la emperatriz se veía en gran cuita que no era de pensar, que no sabía con quién tomar consejo, e tanto tomava del enojo, que caía amortecida en tierra e no sabía ninguno por qué lo hazía. E passados los tres meses vinieron los dos reyes sus tutores:

— ¿Tiene vuestra señoría recaudo?

O, si no, que ellos ge lo darían. Ella, desde que vio que no podía aver recaudo de su señor conde, que ella mucho amava, dixo a los dos reyes que hiziessen como ellos por bien tuviessen. E los reyes le dixerón que mientras que llegavan Cortes, que ella se buscasse e que ellos le ayudarían a bucar. Y ella dixo que le plazíe de buena voluntad. E dixo luego escrevir cartas a su hermana, pidiéndole por merced que le supiesse del conde su señor. Y llegaron los mensajeros adonde estava Urracla y ella le enbió esta respuesta: que cuando le rogava por él no quiso recibir su ruego y que su voluntad era de lo mandar matar e, agora que se veía en cuita, que lo mandava buscar; que supiesse cierto que era tornado loco y que ella avía de ayunar aquel pecado más hasta que viesse al conde en el castillo suyo, que nunca allá iría.

E desde que la emperatriz oyó aquello ovo muy gran pesar, empero enbiole a dezir que loco o cuerdo o como estoviesse que ge lo truxesse, que ella lo perdonaría y que creía que en perdonándole que luego sanaría. Urracla ovo en esto gran plazer que por maravilla era. En esto y en ayuntamientos de Cortes se passaros los dos años e más, el tiempo que le havían dado de plazo. E Urracla le enbió luego a dezir a la emperatriz del buen conde Partinuplés.

XXXII

Cómo el conde, estando en gran penitencia e no pudiendo morir, acordó de ir a la floresta para acabar allí su triste vida

Bolvamos al conde, que estava en su penitencia e avía assí estado ocho meses que no comía sino pan de cevada e bevía agua, e desde que vido que no podía morir e que la hambre lo quexava e no ge lo consintió la carne, pensó en su corazón e dixo a su criado Aufete que haría locura de estar tanto tiempo en aquella pena, que podría ser que su enamorada fuesse casada, que por él no se daría ninguna cosa e que su voluntad era de salir de allí e ir a otra tierra. Y esto hazía él por morir. E su criado, desde que esto oyó, ovo gran plazer e dixo:

— Señor, yo vos lo ruego e vos levaré a otra tierra, e comeredes e beberedes, e tirarvos hedes estos cavellos e tornarvos hedes gordo y hermoso.

E después que se tornaría para París e que tomaría plazer con los del reino. Y para esto que tomaría un palafrén en que fuesse, por quanto estava flaco. Aufete le dixo que tomaría otro cavallo para en que fuesse, y el conde dixo que le plazía de muy buen grado. E assí ordenaron su partida que al priemero sueño se partiessen, en guisa que no los conociesse ninguna persona, por quanto el conde no estava para parescer ante las gentes. E assí fueron su camino, pasando Aufete muchas

penas con el conde, cavalgándolo e descavalgándolo; e si por Aufete no fuera, que le levava las manos en las espaldas, otramente no se podía tener en e cavallo, tan flaco iva. E assí anduvieron toda aquella noche, hasta que llegaron a un lugar que era cerca de las sierras de Ardeña. Y cuando allí llegaron, Aufete descavalgó al conde e preguntole qué quería comer, y el conde dixo que truyesse para él e que no curasse de más:

— Ca mejor talante tengo de morir que no de vivir.

A esto dixo Aufete:

— ¿Cómo, señor, a esto me truxistes?

E dixo el conde:

— Por cierto no vos he hecho mal ninguno.

Respondió Aufete:

— Asaz me avedes hecho de falsía en sacarme salvo e seguro, que si vos, señor, vos matásedes o vos dexásedes matar, dirían que yo vos saqué a matar por vengar la deshonra de mi padre e de Elenisa vuestra esposa.

Y el conde le dixo:

— Tornadvos christiano e yo seré vuestro padrino e haré cuanto vos mandaredes.

Esto hazía el conde pensando que no lo haría, por tener alguna color por no hazer lo que le rogasse. E Aufete, con el gran amor que tenía de lo ver sano, dixo que le palzía de muy buen grado. Y al otro día llevolo a la iglesia e tornolo christiano e púsole nombre Guillermo, que es nombre de franceses. E, desde christiano se vido, ovo muy gran plazer.

XXXIII

Cómo la emperatriz embió a llamar a Urracla su hermana por tomar consejo, y ella dio a huir por la mar e no quiso venir

Bolvamos a las dos hermanas, que estaban en muy grande cuestión. Como Urracla no quería venir a la merced de la señora emperatriz su hermana, por cuanto las Cortes estaban ayudadas con los siete reyes e todos los del imperio estaban en gran cuestión diziendo que quién había de ser emperador. E la emperatriz embiava todavía por Urracla, la cual no quería venir a su llamado, porque quería tomar consejo con ella, en tal manera que no sabía qué se hazer la emperatriz. En esto acordó Urracla que mandó adereçar una nao muy hermosa y entró en ella e se dio de huir por la mar.

Bolvamos a los dos reyes del imperio, que dezían que fuesse uno que ellos tenían que pertenecía ser emperador. E los otros reyes e cavalleros dezían que fuesse otro, ca ellos sabían que era muy pertenesciente para ser emperador, e con esto estaban mal informados. En esto dixerón los reyes sus tutores de la señora:

— E nosotros somos tenedores del imperio e nosotros queremos a vos quitar desta cuestión, que por nosotros no ayades guerra. Para esto queremos que sean escriptas cartas por todo el mundo: que vengan cuantos buenos cavalleros ovieren al imperio, que cualquier cavallero que sea mejor en el torneo, esse avrá el imperio.

E luego dixerón todos que eran bueno assí, e luego fueron escriptas muchas cartas en esta manera: que si fuesse christiano el que venciesse el torneo, que le diessen el imperio. O, si fuesse moro el que venciesse, que se tornasse christiano e le diessen el imperio assí como dicho era. Y desta

guisa fueron escriptas las cartas. E luego los mensajeros partieron con ellas hizieron pleito e ome-naje de no ir ni venir contra ello por ninguna cosa del mundo, e assí derramaron sus cartas.

Bolvamos a Melior la emperatriz, que no sabía en el mundo qué hazer ni con quién tomar con-sejo, que por muchas vezes había embiado por su hermana e no quería venir a su llamado. Esto ha-zía la emperatriz, que quería haver consejo con su hermana Urracla, por quanto había gran recelo que la no avían de hablar cual devían.

XXXIV

Cómo andando Urracla huyendo por la mar, aportó a las sierras de Ardeña, y cómo allí halló al conde en forma de alimaña haciendo penitencia

Andando Urracla assí huida por la mar por que la emperatriz no supiese dónde estava, y tanto anduvo huida que ovo de amanecer un día en par de las sierras de Ardeña. E andando assí, oyó relinchar un cavallo e Urracla preguntó al maestre de la nao en qué tierra estava, porque oyó relin-char aquel cavallo. Respondió el maestre:

— Señora, desto me hago yo maravillado que estamos en las sierras de Ardeña, que son las más desiertas del mundo, que se llaman muy ásperas.

E dixo Urracla:

— Echemos el áncora hasta el día e veremos qué cosa es.

Entonces dixo el maestre:

— Merced haredes, que podría ser algún cavallero que esté perdido, e meterlo hemos en la nao.

E dixo Urracla:

— Hágasse assí, si es tierra que podamos andar a pie.

Y el maestre de la nao le respondió que era tierra de muchas sierras:

— En las cuales hay muchas e muy grandes sierpes e otras muchas alimañas, assí leones como ossos. Empero, señora, yo saldré primero e las encantaré, de guisa que entremos seguros.

E después salieron en tierra e Urracla dixo al maestre de la nao:

— Entrad vos primero.

E assí lo hizo él y encantó todas las animalias, de guisa que los leones se subían a las sierras e las sierpes a las cuevas e las onças a las peñas y los osos a las sierras. E desde esto vido Urracla, descendió de la nao e cavalgó en una acanea que levava en la nao muy hermosa, e entraron en las sierras e hallaron rastro de cavallo. E dixo el maestre:

— Señora, ¿quieredes ir hasta do va este rastro? Que sangre hay en él, mas no sé si es del señor o del cavallo.

Dixo Urracla:

— Vamos a do va.

E hiziéronlo assí y fueron en pos del rastro de la sangre adelante, hasta que llegaron a la fuente donde solía beber el conde, e hallaron un león muerto e tenía en la boca del león un bocado de carne que era de cavallo. Y todos andavan buscando qué cosa podía ser aquello, y entonces dixo el maestre:

— Señora, esto puede ser que este quiso comer al cavallero e saltóle en las ancas e sacole aquel bocado y, como se sintió herido el cavallo, lançó un par de pernadas y mató al león.

Entonces cataron el león por ver do era herido y halláronle en la frente los cascós quebrados. Entonces dixo el maestre de la nao:

— Señora, quedadvos aquí, que yo y estos marineros iremos por el cavallo, porque vos no vayades tan trabajada.

E que no oviessse miedo de ninguna alimaña, que todas estavan encantadas. Y ella dixo que le plazía de quedar, e que fuesse en hora buena. Y quedó ella e una donzella que havia de nombre Persia, y ellas assí estando vieron salir una alimaña muy grande y fea e denodada de una encina. Y Urracla se fue para ella e vido que era semejança de hombre, e allegole la mano a los cabellos, tirógelos delante la haz e andava a semejança de gatas sobre pies y manos, ca no havia fuerça de sostenerse. E Urracla le preguntó qué cosa era y él le dixo que era un traidor. Y ella le preguntó que cómo havia el nombre y él respondió que se llamaba “traidor”. Entonces Urracla enmudesció, que no pudo más hablar, y estovo queda un poco e començó a pensar en aquello que havia passado en el castillo de Cabeçadoire en el palacio de Melior la emperatriz; que cuando sacó a su cuñado del palacio que allí havían passado aquellas palabras que aquella alimaña allí dezía. E Urracla havia embiado a saber del conde e le dezían que era tornado loco e que se havia ido a perder. E pensó en su coraçón que podía ser aquello y començole de dezir:

— Amigo, no te me niegues qué cosa eres e dime agora quién eres, que si tú supieses quién soy yo no me denegarías tu nombre, que yo no soy villano porque tú te me debes escusar, que yo soy hija de un emperador y tengo una hermana emperatriz. A mí me llaman Urracla.

Esto hizo ella por ver si era el conde. E díxole Urracla que andava en busca de un noble conde, al cual llamavan Partinuplés, “al cual mi hermana quiere perdonar”. Y el conde, desde esto oyó, que aquella era Urracla e que assí le perdonava la emperatriz su señora, cayó en el suelo amortescido. Entonces vido Urracla que aquel era el conde, e assentose a par dél e tomole la cabeça e púsola en su regaço e tirole los cabellos del rostro, que parecían hebras de oro muy fino. E desde abrió los ojos e la vido, començó de llorar e dixo assí:

— Señora hermana, ¿es verdad que me dezís que la señora emperatriz me quiere perdonar?

E Urracla le dixo:

— Sí, sin ninguna dubda.

Y llamó luego a Persia su donzella, que le ayudasse a levantar, que era vassallo de una villa suya, e luego la donzella hizo su mandado. E Urracla e la donzella tomaron por los braços e levantáronlo e fuéronse a la nao e metiéronlo dentro. E encomendolo a Persia, su donzella, que pensasse dél e que le lavasse la cabeça e le cortasse los cabellos al derredor de la cara, que más avía de un año que no ge los avía cortado. E después que le diessse de comer muy bien e sotilmente, e que fuessen cosas ligeras por que no le hiziesen mal hasta que fuesse usado el estómago a las viandas. Y Urracla dixo al conde en secreto que no dixesse nadie quién era ni quién no, salvo que dixesse que era un vassallo suyo que se avía perdido en las sierras de Ardeña. E díxolo assí y fuesse para la fuente adonde avía dexado al maestre e a los marineros e, desde fue llegada, preguntoles qué cosa era lo que avían hallado. Y ellos le dixeron:

— Señora, hallamos un cavallo sin señor y estava mordido en las ancas.

E que era ciertamente el cavallo que avía mordido el león que havían hallado muerto e que tenía el bocado en la boca. Entonces dixo Urracla:

— ¿Por qué no lo truxistes?

Y ellos dixeron que porque no podía andar, que lo dexaron en tierra muerto. Y ellos se fueron todos para la nave y entraron en ella y, desde fueron dentro, preguntaron a Persia los marineros y el maestro que quién era aquel hombre que allí estava flaco. E Urracla les dixo que era un vassallo

suyo que allí avía quedado. Y mandó luego alçar el áncora e alçar la vela y fuéronse para un castillo de Urracla que tenía nombre Tenedo. E desde fueron en el castillo, Urracla y el conde departieron de toda su hazienda, de lo que les avía contescido. En fin de razones, Urracla le dixo al conde que curasse de comer e holgar e que parasse hermoso. Y el conde dixo:

— Señora, hazedme ver a la señora emperatriz e luego engordaré y me pararé hermoso, muy más que avía seído.

E Urracla le dixo que cuando la tenía en su poder no la pudo guardar:

— Mas agora la emperatriz no es en su poder, que es en poder de los reyes, y no puede más hazer de cuanto ellos le mandan, que este hecho no se ha de librar sino por fuerça de armas.

E contole todo el hecho de la manera que havían concertado los reyes e los del imperio: cómo havía de tener marido, mas para esto que ella haría que antes de pocos días la viesse. Y estando assí Urracla con el conde en el castillo, súpolo la emperatriz en cómo era ya venida. E luego enbió un mensajero que fuesse para ella, que los reyes avían enbiado por el mundo a llamar a todas las gentes que quisiessen venir a ver el torneo que viniessen.

Esto era en el tiempo de las Carnestolendas, e cumplíasse el torneo para Pascua florida. Y Urracla, desde vido las cartas, plúgole mucho dello e rogó al conde que curasse de engordar, e rogó a Persia, la donzella, que pensasse del conde. E no fue aquella carta llegada cuando fue otra enbiada que fuesse apriessa, ca quería tomar consejo con ella en un hecho de su casamiento, e luego cavalgó Urracla e fuesse para allá. E desde Persia vido ida a su señora, rogó a Dios que no la truxesse más al castillo, porque ella estava muy enamorada del conde, que no havía vez que no lo peinasse que no lo besava. Y el conde le rogava que no lo besasse ni a él llegasse, que su desseo era en otra que no en ella. Y ella le dezía que, si le pesava, que nunca más pensaría dél. Y él le dixo que hiziesse lo que por bien toviesse. Y esto passava cada día.

XXXV

Cómo Urracla vino al castillo de Cabeçadoire al llamado de su hermana, e cómo le salieron a rescebir duques y otros ricos hombres

Bolvamos a la emperatriz, que desde supo que venía su hermana ovo muy gran gozo que no era cosa de pensar, que mucho tiempo avía que no la avía visto, por cuanto ovo andado fuera de su mandado por el hecho del conde. E cuando llegó Urracla cerca del castillo, saliéronla a rescebir duques y condes e otros grandes señores con mucha alegría e leváronla al palacio de la emperatriz. E la señora saliole a rescebir y, desde la vido, fuela a abraçar e besola en la boca. Y entráronse dentro en el palacio e començole a contar toda su hazienda e que le diesse consejo. E Urracla le dixo assí, por la amanzillar e por le quebrar el coraçón:

— Señora hermana, cuando teníades al conde e vos dava consejo que lo perdonásedes e vos no quisistes, y sabiendo lo que entre vos y él era passado, y agora vos me demandais consejo. Por esto sabed que el marido que ovierdes vos lo dará en çaherío.

E desde esto oyó la emperatriz, començó de llorar. E desde assí la vido llorar Urracla, le dixo que no llorasse:

— Que no lo hacéis con verdad, más parésceme que hazéis con falsedad, que cuando vos rogava por tan hermoso donzel nunca lo quesistes perdonar ni quesistes dél haver piedad.

E desde esto oyó la emperatriz, comenzó de amortescer. Y Urracla no se vengava della e comenzóle a dezir que lo hazía con malicia, que si ella oviera amor verdadero no perdiera tan buen cavallero, que era de los mejores cavalleros del mundo y por ser tan sin piedad había hecho perder aquel conde. Ella cayó en gran vergüença con estas palabras e quebrávale el corazón. E assí estuvieron aquel día departiendo de su hazienda la una con la otra e, a cabo de algunos días, estando assí dixo Urracla a la emperatriz su hermana:

— Bueno sería que hiziéssedes cien cavalleros nuevos de vuestra tierra e gran honra vos sería para este torneo, pues que todo el mundo ha de venir a él.

Entonces dixo la emperatriz:

— Hermana, vos ordenad como quisiéredes, que yo seré contenta, que no tengo con quien tome consejo sino vos e no passaré vuestro mandado.

Luego dixo Urracla:

— Hermana, yo lo ordenaré de oy en un mes y verné aquí con ellos cuando se ovieren de armar. Otrosí, vos ruego que aderescedes un palacio muy noble adonde el conde solía comer, porque estava allí la silla del emperador.

E la emperatriz le respondió:

— Hermana, ordenad como quisiéredes en lo alto y en lo baxo.

Allí dixo Urracla:

— Agora ha un año no hezistes assí.

Entonces la emperatriz comenzó de sospirar e llorar muy fuertemente y Urracla, en ver aquello, vengávase della por lo que avía hecho al conde, y nunca la quiso halagar. E, desde assí ovo estado una gran pieça, fuesse Urracla para la ciudad a adereçar para hazer los cavalleros. E hizolo assí desta guisa: tomó noventa e nueve cavalleros para que la emperatriz había de armar cavallero, ca muy más honrado era el cavallero que emperador o hijo de rey armava que otro ninguno. E aquellos cavalleros y escuderos besavan las manos a Urracla por aquella honra que les hazía. Y estos escuderos no sabían si eran muchos o si eran pocos, porque Urracla lo dezía a cada uno por su parte porque no se contassen, y mandava a todos que se aparejassen para un día cierto. E después que esto ovo hecho, Urracla fuesse para el palacio donde estava la emperatriz a despedirse della, e díxole cómo dexava los escuderos ciertos y que se quería ir para el castillo de Tenedo y que traería sus paños para cuando se había de armar. E Melior le fue a besar e a abraçar e rogole que no tardasse allá, y ella dixo que le plazía.

XXXVI

Cómo Urracla tornó a su castillo adonde avía dexado al conde Partinuplés y cómo le halló ya bueno, hermoso e rezio

Assí se partió Urracla de la emperatriz y fuesse para su castillo, e cuando el conde Partinuplés supo que venía cerca, saliola a rescebir con muy gran gozo. E la primera cosa que le preguntó el conde le dixo si traía recabdo de lo que le avía rogado y ella le dixo que sí, e contole en qué mane-

ra. E, desde lo oyó, ovo grandísimo gozo, y el conde estava tan bien pensado que Urracla no lo conocía, tan gordo estava y hermoso e recio para hazer en armas. E Urracla, desde lo vido, hízole luego dar armas y cavallo cual a él pertenecía, y diole más Urracla una espada de muy gran valía. Y el conde, desde se vido armado, hincó los inojos en tierra e dio muchas gracias a Dios por tanto bien como le había hecho, y más que lo había de armar cavallero su señora la emperatriz, que era su enamorada. E Urracla le dio un cavallo castaño que había las orejas blancas. Esto lo hazía Urracla por lo conocer en el torneo.

E así estuvieron algunos días, y Urracla hizo adereçar sus joyas e paños e fuesse para donde estava la emperatriz. Y levó consigo al conde su cuñado que le levasse de rienda, mas no porque supiesse nadi quién era ni quién no. Y levó consigo a Persia la donzella, que pensava del conde. Y en esto hazía Urracla cordura de encobrir al conde, que persona no preguntasse por él por que la emperatriz no fuesse turbada. E, desde fueron en el castillo, mandó Urracla a Persia que tomasse al conde por la mano e que lo metiesse al palacio que estava a la entrada de la sala, adonde estava la silla del emperador, y la donzella hízolo así. Y Urracla se fue para donde estava la emperatriz e, desde se vieron la una a la otra, ovieron muy gran plazer. E la emperatriz dixo a Urracla que para cuándo se avían de armar aquellos cavalleros. Esto passó jueves, e Urracla dixo que para el domingo.

E luego hizieron adereçar aquella sala muy ricamente de muy ricos paños, como pertenecían para Cortes de tal señora como la emperatriz. E Urracla, estando con el conde holgando, díxole:

— Hermano, cuando fuere el sábado en la noche a los maitines, vestirvos hedes vuestras armas y seréis presto para, cuando entraren los otros escuderos, que entredes con ellos, que con vos son cien cavalleros. E vos veréis a vuestros amores la emperatriz, e por cosa del mundo no habledes.

E mandó a Persia su donzella que lo armasse bien e lo pusiesse detrás de las puertas y, cuando passassen los otros cavalleros, que lo pusiesse con ellos. Y que a la buelta que bolviessen los dichos cavalleros que tuviesse la puerta abierta porque no se detuviesse a la puerta. La donzella hízolo así como su señora le mandó, y Urracla se fue para la emperatriz e toda aquella noche no hizieron sino componer la sala donde se había de assentar la emperatriz para armar los cavalleros que dicho avemos.

XXXVII

Cómo el conde e otros noventa y nueve fueron armados cavalleros por la emperatriz

Cuando tañeron maitines, vistiose la señora emperatriz unos paños de púrpura enforados en unas peñas veras, e assentose en la silla del emperador su padre. E cuando entraron los cavalleros noveles, hizo la emperatriz llamar a Urracla su hermana, que viesse cómo se armavan los cavalleros. E la donzella, cuando vio entrar a los cavalleros, puso al conde entre ellos; y desde el conde vio a la emperatriz a la entrada de la sala, tovo en sí grande alegría que por maravilla era. E Urracla levantose en pie, e como el conde la vido que era cosa tan hermosa, todas las carnes le temblavan. E así en esto passaron todos los cavalleros a una parte de la sala e començó de armar la emperatriz a los cavalleros, e cuando ovo de llegar al conde bien lo conoció Urracla en las sobrevistas que traía de las armas. E púsole Urracla las manos en las espaldas del conde y el conde tomó la espada con la vaina e hincó los inojos ante la emperatriz y, en hincando las rodillas, amortesció el

conde, que oviera de caer en tierra sino por Urracla, que le dio con las rodillas en las espaldas. Y el conde menbrose de lo que avía dicho Urracla e tornose derecho e abaxó los inojos en tierra e dixo la emperatriz:

— ¿Qué ovo este cavallero que assí oviera de caer?

E dixo Urracla:

— Son mozos e nuevos e no son usados de tomar armas, e han velado toda la noche y están amodorrescidos de sueño.

Allí tomó la espada la emperatriz de las manos del cavallero e ciñiogela e armole cavallero. Allí se entendió el conde que era armado cavallero de mejores manos que avía en el mundo. E assí armados los cavalleros, salieron de la sala con muchas trompetas e juglares que por maravilla era. E assí salidos todos en la sala, Persia la donzella esperaba al conde con la puerta abierta e, desque llegó el conde, tomole Persia con la mano e metiolo al palacio e desarmolo e diole de comer, que bien le hazía menester, ca toda aquella noche no avía dormido esperando aquel gozo.

Tornemos a la emperatriz e Urracla su hermana, que estaban en consejo en cómo se avía de hazer el torneo. Esto era por Pascua florida, porque los árboles e los campos eran todos floridos e verdes. E la emperatriz dixo a su hermana Urracla:

-Adereçad vuestros paños e venidvos a estar conmigo.

En esto todo nunca supo la emperatriz del conde, y despidiose Urracla de la emperatriz e fuese para el castillo de Tenedo e levava consigo al conde, que levava de [la] rienda. Y en todo el camino Urracla no hazía sino dezir al conde que curasse de ser buen cavallero, que el más rezió del torneo havía de ser emperador. E contó el hecho según que la emperatriz se lo havía contado e como los reyes lo havían ordenado, e que aquel hecho no se havía de librar sino por fuerça de armas. Y él le dixo que mucho en hora buena fuesse, que él lo haría de buen grado, ca desque fue armado cavallero de manos de Melior, que entendía que eratán fuerte como una torre. E llegaron al castillo de Tenedo y estovieron ende hasta ocho días. Y en esto adereçó Urracla todo lo que avía menester e dixo al conde:

-Hermano, estadvos aquí, yo iré a poner recaudo en este hecho e buscarvos he una casa a do estedes, e curad de ser buen cavallero.

Y encomendolo a Dios e a Persia la donzella que, antes de Pascua ocho días, que ella sería con él e le adereçaría las sobrevistas. E despidiose dellos e fue para el castillo de Cabeçadoye a estar con la emperatriz.

Bolvamos al conde, que estava con Persia la donzella, ca mucho enamorada esta[va] dél. E a cabo de diez días, embió el conde un mensajero con una carta a Urracla que llegasse a ella en secreto. E la razón de la carta era que se encomendava a su merced y que él le pedía de mucha merced que, si merced le havía de hazer, que estoviese con Melior y que le dixesse cómo estava en su poder ca, pues él avía avido plazer por la ver, que entendía en su coraçón que assí lo havía ella por saber dél. E la carta fue llegada a Urracla e, desque la vido, luego le escribió e le enbió por respuesta que los reyes de las partidas que eran empeçados a venir, e todos los otros cavalleros; e que si por ventura la emperatriz lo tal supiesse, que no le dexaría por otro ninguno, e todo el mundo diría que hazía burla dellos y el imperio e los reyes serían en gran deshonna; mas que usasse bien a las armas e que ella vernía por él e que otramete no podía ser. E desque esto oyó el conde dio un gran suspiro, diziendo assí: que Dios le cumpliesse sus desseos.

XXXVIII

Cómo un día holgando en un batel por la mar, el buen conde fue levado por fuerça del viento a tierra de moros e los moros le cativaron

Estando assí holgando por la ribera de la mar, vio un batel e alçó las faldas e púsolas en cinta. Y entró en el agua y tomó el batel e dixo assí: que por hazer los braços rezios entró en él. Y començó de remar y él, andando assí remando, bolvió la cabeça e miró de dónde havia partido y hallose mucho metido en la mar. E hizo un tal viento de manera que le hizo perder los remos de las manos, de manera que se perdió por la mar e fue aportar en tierra de moros, que era el reino del rey Hermán, el cual era moro. E hallose cabe la ciudad de Damasco, que era en el señorío del soldán de Persia. Y quando los moros vieron venir aquel batel, adereçaron los bateles e fuéronse a él, e leváronle preso a la ciudad de Damasco delante del rey. Y desde el rey lo vido e supo cómo era christiano, mandávalo matar. E desde esto supo el conde començó de entristecer e rogar a Dios que perdonasse su alma.

Y él estando assí, supo la reina -su muger del rey Hermán que avía por nombre Ansíes- de cómo lo mandava matar el rey. E dixéronle de cómo era tan hermoso e de tan buen cuerpo, e la reina se fue para su marido el rey y besole las manos, pidiéndole que le hiziesse merced de aquel cavallero y que no lo matasse hasta que supiesse razón dél. E el rey, desde vido a la reina que assí ge lo rogava, hízole merced dél, que no lo mataría. Y la reina se fue para el cavallero e començole de preguntar si era del imperio de Constantinopla, y él respondió:

— Por cierto, señora, no, sino del reino de Francia.

— Pues, ¿en qué manera vos ovistes perdido?

Él le respondió:

— Señora, yo entré en un batel por andarme holgando por la ribera de la mar e levantose un torvellino y me lançó en medio de la mar.

E assí se havia perdido. Y desde aquello oyó la reina Ansíes, fuesse al rey e contole todo lo que avía dicho aquel cavallero e dixo:

— Hazedme merced dél por quanto es cavallero de Francia e no muera, pues que es de tierra que no vos han hecho mal ninguno; que, si fuera de otro reino que vos oviera hecho daño alguno, sería más razón que hiziéssedes justicia dél. Por ende, señor, mande vuestra señoría ponerle en prisiones, que por él vos darán mucho.

Y él rescebió el ruego de la reina su muger e tomaron al conde e pusiéronlo en un silo que era muy hondo e oscuro.

Bolvamos a Urracla que, des que fue al castillo e no halló al conde, preguntó a la donzella qué era del conde. Ella dixo que “después que vuestra merced le havia embiado la respuesta de la carta” que más no lo havia visto y que tenía recelo que se havia ahogado en la mar. Allí hizieron gran llanto Urracla e Persia la donzella y, desde vieron aquello, fuéronse para la emperatriz con gran tristeza, no sabiendo qué era del conde, si era muerto o si era bivo. Y la emperatriz, desde supo que venía su hermana, hízola salir a rescebir con muy gran alegría, no sabiendo la emperatriz el enojo que traía su hermana Urracla por el bueno del conde.

XXXIX

Cómo el rey Hermán ovo de ir al torneo con el soldán de Persia su señor

Bolvamos al conde, de cómo lo tenían en el silo preso. Esto hazía el rey Hermán por estar seguro del conde, porque no se fuesse y por tenello bien guardado por cuanto avía tenido carta de su señor el soldán de Persia, en las cuales enbió mandar que avía de ir con él al imperio de Costantinopla. E luego, dende a pocos días, passó por allí el soldán e levava consigo diez e nueve reyes, e con el rey Hermán eran veinte. E fuéronse para el castillo de Cabeçadoire e saliéronlo a rescebir los siete reyes del imperio con otra gran cavallería e aposentáronlo muy bien a su voluntad. Y, desque lo ovieron aposentado, ovieron su consejo el rey Clausa y el rey Corsol en cómo venía el soldán muy poderosamente e, seyendo él moro e la emperatriz christiana e haviendo el soldán de vencer el torneo, que cómo casaría la señora emperatriz con él. Y acordaron en esto: que fuessen al soldán e le preguntassen qué era su voluntad de hazer. El soldán respondió a ellos que había havido una carta de los señores que ordenaron aqueste torneo:

— E quiero cumplir lo que en ella se contiene.

E luego hizo juramento en su ley que, si él venciesse el torneo, quél se quería tornar christiano e los veinte reyes que con él venían. Y desque ovo hecho aquel juramento, ovieron gran plazer los reyes christianos; lo uno, porque era buen cavallero e, lo otro, por servicio de Dios.

XL

Cómo el conde, estando en el silo, hazía grandes cuitas porque no podía ir al torneo y cómo por la reina Ansies fue socorrido y sacado dende

Tornemos al conde, que estava en el silo y preguntava a los moros si era hecho el torneo y los moros le dezían que no, mas que venían los condes e grandes cavalleros de todas las partidas del mundo para allá. Y el conde, estando en el silo no sabiendo cuándo ni cuándo no venía la Pascua que había de ser el torneo, rogó un moro al conde que, si algo quisiesse, que ge lo dixesse, que ge lo haría de buena voluntad. E el conde ge lo agradesció e rogole que, si hallasse un christiano, que ge lo truxesse allí. E cuanto hazía el conde todo lo iva dezir el moro a la reina Ansies. E quando el moro fue con estas nuevas a la reina, mandó a una donzella que fuesse a llamar un peregrino e lo levasse hasta la boca del silo. Y la donzella hízolo assí e halló luego un peregrino que venía de Jerusalén, e la donzella le levó hasta la boca del silo e díxole que hablasse con aquel christiano que dentro estava. E luego el conde, desque lo vio, preguntole que [de] dónde venía y él dixo que venía de Jerusalén. E preguntole el conde que cuánto había hasta Pascua florida, y el peregrino le dezía que había doze días. E desque oyó el conde aquellas nuevas, dio un grito que atronó todo el silo e, desque aquello oyó el peregrino e la donzella, fuéronse para la reina e contáronle de cómo dava tan grandes voces. E desque la reina esto oyó, fuesse para el silo con cinco de sus donzellas e llegose a la boca del silo e oyó muy grandes bozes que dava el conde, diziendo assí:

— ¡Corazón tan fuerte!, ¿por qué no quiebras?

E diziendo esto no había persona que no oviesse gran compassión dél, por las pasiones que hazía. Y la reina le pidió de gracia que callasse y el conde le respondió que le besava las manos por que lo sacasse de allí e que su señoría lo mandasse matar. Y la reina, desque aquello oyó, ovo gran cuita dél que no era cosa de pensar, y mandó luego traer una balança y echárongela dentro. Y luego

el conde se metió en ella e guindáronlo arriba hasta dos braças de la boca del silo. E luego la reina començó a departir con el conde diziéndole assí: que por qué hazía aquellas plagas tan grandes. Y el conde le respondió:

— Por cierto, señora, mi mal y enojo que yo he es que yo me havía de ver en este torneo, e agora véome aquí preso.

La reina ovo muy gran cuita dél e dio un gran suspiro porque le veía atanto de gentil cuerpo y moço y hermoso. E pensó que, si fuera moro, que lo tomara por marido; empero, por la grande cuita que dél avía, le dixo assí:

— Christiano, si vos hiziéssedes pleito e omenaje de vos tornar del torneo en antes que el rey mi marido venga, yo vos sacaré de aí.

E dixo el conde:

— ¿Qué monta esso, señora, que vos me saquedes de aquí? Que no he armas ni cavallo.

Dixo la reina:

— Yo vos daré armas y cavallo, que yo tengo en mis palacios las armas que eran de mi padre el rey, que era tan alto como vos. Y, mientras que adereçáis las armas, yo vos adereçaré las sobrevivistas.

Y desde esto oyó el conde, dixo:

— Señora, la vuestra merced, cual pleito vos quisiéredes tal lo haré.

Y de allí se fue luego la reina e mandó traer un peregrino que allí havía venido que él tomasse el pleito omenaje según que los christianos hazen. El conde hízola muy bien e complicadamente de lo tener e guardar, y en aquella hora mandó la reina que lo sacassen de allí. E, desde se vido fuera, el conde echose a los pies de la reina e fuégelos a besar y demandole por merced que su señoría lo librasse, por cuanto se acortava el tiempo. Y la reina mandole dar las armas y armáronle los maestros e viniéronle muy bien como si le tomaran medida, atán buenas le venían. E luego la reina mandó buscar un cavallo que fuesse todo blanco.

En esto todo se passaron ocho días, y desde la reina lo vido armado cavallero, díxole:

— ¡Si vuestra ventura fuesse de cobrar una espada que está aquí en esta ciudad en una mezquita mayor! Esta espada tenía un cavallero christiano que allí estava enterrado, el cual ovo ganado toda esta tierra. E después los reyes moros no la han podido cobrar que, assí como llegan a la tumba, caen en el suelo y les toma frío y calentura, por esta razón no osan llegar a la tumba. Y pues vos sois christiano, lleguemos vos e yo e plega a Dios que sea vuestra, ca es la mejor espada del mundo.

E fuéronse la reina y el conde por la tumba e hincó el conde las rodillas en tierra, diziendo assí:

— ¡Oh, señor! Rúegote e pido por merced que tú me des esta espada, que yo te prometo de nunca ser covarde con ella, e desto yo te prometo e hago pleito omenaje.

E después levántose en pie e dixo a la reina:

— Vuestra señoría tome de aquel cabo e yo tomaré deste, y con la ayuda de Dios alçaremos la tumba.

E la reina no osava llegar, por lo que havía visto a los otros moros que, como llegavan, assí caían. E dixo al conde:

— Tomad vos primero e, como vos hiziéredes, assí haré yo.

El conde echó mano del cobertor e dixo a la reina:

— Tome vuestra merced desa otra parte.

E desde el conde vido que assí se tenía e no caía, hízose mucho maravillado, y ella también desde no cayó. E la reina llegó en son de escarnio, diziendo que por muchas vezes avía visto llegar muchos moros. Nunca jamás pudieron alçar la cobertura con ingenio ni con otra cosa alguna con que se pudiesse alçar, e que ellos dos no la levarían. E desde pusieron manos en ella, levantáronla

como si fuera una tabla e pusiéronla en tierra. El conde llegó al cavallero que estava en la tumba e besole la mano e pidiole por merced que le diesse aquella espada. El conde tomola de la mano del cavallero e púsosela so el sobaco, y entrambos tornaron a poner la tumba. E dixo la reina al conde:

— Cierito es, cavallero, que, si aquí estoviera mi señor el rey, no levaredes el espada de aquí.

E desque esto oyó el conde, dixo:

— Señora, pido por merced a vuestra señoría no me contrarie mi buena ventura, assí vuestra merced plaze.

E salieron de la mezquita.

XLI

Cómo el conde, armado de todas armas, iva cavalgando para el torneo e halló en camino a un cavallero moro, el cual tomó por compañero

Luego hizo adereçar su cavallo y sus armas, e cavalgó e no curó de almorzar por miedo que no le tomasse la reina el espada. Y el plazo era corto para ir al torneo, que no havía más de cuatro días dende a la Pascua florida. E anduvo tres días que no comió sino yervas, porque [no] hallava algún poblado ni levava dineros; pero el cavallo mejor lo passava, que comía buenas yervas e bevía buenas aguas. E a cabo de los tres días que assí anduvo perdido, yendo a ojo a las sierras de Constantinopla, halló un camino muy angosto e alçó las manos a Dios porque avía hallado camino por donde fuesse. E tanta era la hambre que levava que no podía levar el yelmo en la cabeça e levávalo en el arçón delantero de la silla e ívase de pechos encima dél.

E, yendo assí, vio venir un cavallero por un camino real, e aquel cavallero levava consigo tres pajes e dos azémilas: en una levava su tienda y, en la otra, levava mantenimiento para el torneo. Y este cavallero era moro e havía nombre Gaudín el Rubio. E, como lo vio el moro, aguijó con su cavallo cuanto más pudo e de manera que se encontraron ambos a dos e saludáronse. E Gaudín preguntó al conde si era moro o christiano, y el conde le dixo que era christiano. E preguntole Gaudín que cómo avía nombre y él le respondió que no ge lo diría, que avía recelo que lo descubriría. E Gaudín le dixo que, si alguno le avía hecho algún mal, que él lo vengaría. El conde le respondió que raez era su pesar de vengar, que supiesse cierto que venía al torneo e que avía nombre Partinuplés. E desque aquello oyó Gaudín, dixo:

— ¿Esse es cierto, amigo? Pues yo quiero ser vuestro compañero, por quanto yo he oído de vos muchas buenas cosas.

Allí dixo el conde:

— ¿Cómo seré yo vuestro compañero? Que no levo más desto que veis ni dinero para despen-
sa.

E Gaudín le dixo que harto levava para sí e para él. Y el conde le dixo que avía tres días que era partido de la ciudad de Damasco, que en todos aquellos tres días no avía comido ninguna cosa sino de las yervas del campo e bevido agua. Desque esto oyó Gaudín, enbió apriessa un paje que hiziesse detener las azémilas, y el paje fue muy presto e hízolas detener. E Gaudín y el conde llegaron hasta ellos e hizo sacar muchos ansarones en cecina que levava para el torneo y mucho pan y vino. E diole atán bien de comer hasta que fue muy harto. E, desque ovieron comido, rogó Gaudín al conde que le dixesse si era sobrino del rey de Francia, porque avía otro que llamavan Partinuplés. Él respondió que ge lo diría si no lo descubriesse hasta que él ge lo mandasse, e Gaudín dixo que le plazía. E luego le tomó juramento en su ley de lo assí mantener. El conde le dixo:

— Yo soy Partinuplés, el que vos dezides.

E desde que le oyó, Gaudín ovo muy gran plazer e dixo entre su corazón que se hallava el más bienaventurado que hombre del mundo en ser su compañero. E fuesse para el conde e besolo en la cabeça e dixo:

— Por cierto, señor, el corazón me da que avedes de ser buen cavallero.

Y así se fueron ambos a dos hazia una sierra que era cerca del castillo de Cabeçadoire, e allí pusieron su tienda e holgáronse essa noche. E otro día de mañana, desde que fue el día, enbió Gaudín dos pajes a la ciudad de Cabeçadoire por viandas, las mejores que hallassen, para su compañero e para él. Y tan alegre estava con él como si tuviera el mundo todo consigo. E desde que el conde se levantó, hizo dar aguamanos y almorçaron de aquellos ansarones en cecina, que desto levava Gaudín para su comer, que era moço. E así holgaron el conde e su compañero.

Y otro día, lunes de mañana, rogó el conde a Gaudín que enbiasse un paje al alva que fuesse a ver cómo se ordenava el torneo, y el paje cavalgó y fuesse para el castillo y vido estar siete sillas en un cadahalso de madera muy alto, que parecía un castillo. El paje preguntó que para qué hazían aquello allí, y los que lo hazían dixerón que aquel era para la emperatriz y para su hermana y para las donzellas; las siete sillas, para los siete reyes del imperio, que havían de juzgar el mejor cavallero que fuesse en el torneo; que por esso lo hazían assí. De allí bolvió el paje para la tienda, e contó las nuevas a los cavalleros de lo que avía visto.

XLII

Cómo el conde e su compañero Gaudín se armaron para entrar en el torneo

Dixo Gaudín al conde:

— Vamos en los primeros, porque los primeros y los postreros son más mirados.

E el conde le dixo que le plazía de muy buen grado. Y luego armó Gaudín al conde y los pajes armaron a Gaudín e cavalgaron en sus cavallos ambos a dos. Y, estando en esto, oyeron tañer trompetas e atabales que no era cosa dezir. Y entonces la señora emperatriz salía de la ciudad para ir al cadahalso con sus siete reyes, e levávanla de braços los dos reyes sus tutores y subiéronla en el cadahalso e a su hermana con ella y a sus donzellas. Y, desde que fueron sobidas, fuéronse los reyes a assentar en sus sillas, que eran cerca del cadahalso de la emperatriz. Y luego los reyes mandaron pregonar en esta manera: que todas las gentes del mundo, assí christianos como moros, que quiessien tornear, que torneassen y que anduviessen salvos y seguros; y que no les fuessen demandados revtos ni muertes ni otras cosas ningunas, aunque matassen o feriessen. Y el mejor cavallero que fuesse en el torneo, a quien quedasse el campo, que fuesse emperador.

E, después de hecho el pregón, assomava el conde e Gaudín por encima de una cabeça e, desde que fueron llegados, ellos fueron los primeros. Mirolos el rey Corsol, y mirava mucho al conde cómo venía en su cavallo e armado todo en blanco de hoja de plata. E dixo el rey Corsol:

— Por buena fe, este cavallero que trae las armas blancas muy a punto viene e, por cierto yo pararé mientes cómo se hará en el torneo.

Dixo el rey Clausa:

— Yo creo que en el mundo no hay mejor cavallero que el soldán de Persia.

Dixo el rey Corsol:

— No lo sé, ca muy buenos cavalleros ay en el mundo que vernán al torneo, y a la postre lo veremos en el cabo del torneo.

Esto dezía el rey Corsol porque era de su vanda del conde, de afición que con él tomó en lo ver, que era uno de los tutores. Y en esto el rey Clausa hizo al soldán que estoviesse debaxo del cadahalso de la emperatriz, porque entendía que no había mejor ni tan poderoso cavallero en el torneo y que él había de levar lo mejor.

XLIII

Cómo el conde iva por el campo mirando por los unos y por los otros, y cómo començaron de tornear cada uno por más y mejor hazer

Bolvamos al conde, que andava por el campo mirando cómo había de tornear preguntando cuáles eran los unos e cuáles los otros. E supo do estava el rey de Francia, el cual estava en unos arenas, y començolo a maldezir por tanto mal como le había hecho e no lo quiso ir a ver del enojo dél. E preguntó a unos franceses por el bueno del rey de Francia e dixeron que ya era muerto por cierto e que otro rey tenía, que era su hijo. Allí dixo el conde:

— Esse rey [es mi] primo.

Y después desto bolvióse al campo e preguntó a un cavallero que cuánto había de durar el torneo y él le dixo [que] hasta tres días. Y preguntole más que quién era aquel cavallero que estava debaxo el cadahalso de la señora emperatriz. Respondió el cavallero:

— Aquel es el soldán de Persia.

Dixo el conde:

— En buena fe, si yo puedo, ¡en mal punto hizo allí la su morada!

E luego tomó su lança e fuesse a poner de frente del soldán e, desde lo vido, el soldán dixo assí a los cavalleros que con él estaban:

— Ved aquel cavallero cómo está tan armado e orgulloso esperando justa. Yo quiero ir a él.

Y luego los reyes moros armaron al soldán muy bien e subió en su cavallo e parose a la puerta del cadahalso. E violo Gaudín el Rubio y fue al conde su compañero:

— Parésceme, señor, que se apareja para la justa el soldán.

Dixo el conde:

- Esso es lo que yo espero.

E dixo Gaudín:

— Hermano, señor, no es cordura tornear con tan gran poder que, si el soldán mal lo passa, los otros reyes ayudarle han.

Respondió el conde:

Si Dios me quiere ayudar, no he menester otra ayuda sino la de Dios.

Y luego se apartó el soldán y el conde e fuesse el uno para el otro quanto los cavallos los podían levar, e diéronse tan grandes golpes que las lanças bolaron en pieças, e los cavallos eran tan buenos que no se acostaron en las sillas. E luego echaron mano a las espadas e diéronse tan grandes golpes que las centellas de los yelmos hazían salir, e tan gran priessa le dava el conde que el braço no le dexava alçar. E dixo el rey Corsol al rey Clausa:

— Mira, señor, lo que el mi cavallero de las armas blancas ha hecho e haze.

Tanto duró el conde con el soldán, que el soldán no lo pudo ferir e bolvió las riendas al cavallo y echó a huir hazia su posada. Y el conde heriendo en él hasta que lo metió por las puertas de su posada ante sus cavalleros. E dixo el rey Corsol:

— ¿Vedes qué bien lo ha hecho el mi cavallero de las armas blancas?

E dixo el rey clausa:

— Oy es el primero día e se cansará, que buen cavallero es el soldán.

E dixo el rey Corsol:

— Cierto es que [si] assí lo haze el prostrere día como oy, yo lo daré por el mejor cavallero de todo el mundo.

Ellos estando assí en estas razones, salieron al conde hasta mil de cavallo de los del soldán y cercáronlo e començáronlo a herir tan fuertemente que el rey Corsol havía gran cuita dél, mas el cavallero era tan bueno que al que alcançava con la espada le hazía caer del cavallo e lo hostigava de tal guisa que no avía voluntad de volver a él. E Gaudín, desque lo vido andar en tan gran priesa, puso el yelmo en la cabeça e tomó su lança en la mano e fuesse cuanto el cavallo lo pudo levar, e dio por medio de los moros e combatió dentro ellos e saliéronse, que ninguno osava andar en pos dellos. Y estándose descansando el cavallero blanco, demandava una lança, y estava esperando justa a quien quisiesse. Entonces dixo el rey Corsol a grandes bozes:

— Mirad, señores, qué cavallero tan rezio, que agora escapó de tan gran fortuna e ya está esperando justa. Bien podéis dezir que si veinte o treinta cavalleros podieran sufrir tan gran trabajo, que no fueran muertos o vencidos, y él está que parece un león bravo.

Y ellos estando en estas razones, vido el cavallero de las armas blancas cómo torneava en el campo, e levaban los aragoneses e los cecilianos a los españoles por una cuesta arriba. E preguntó el conde a un paje que quién eran aquellos que tanto mal passavan. Respondiolo:

— Señor, aquellos son los españoles.

Allí dixo el conde a Gaudín:

— Hermano, vamos a ayudarles, ca muy buenos me fueron e leales cuando fue conquistado el reino de Francia.

E Gaudín le dixo que le plazía de muy buen grado. Y el conde sabía el apellido de España e díxole que dixesse “Santiago”, porque los aragoneses se pensassen que eran españoles. E dieron de las espuelas a los cavallos e fueron a herir en los aragoneses y en los cecilianos tan fuertemente e nombrando todos “¡Santiago, Santiago!”. E desque vieron los españoles que aquellos dos cavalleros les ayudavan, ovieron tan gran plazer que ellos lo hizieron tan bien que era maravilla. E mucho mejor lo hazía el cavallero de las armas blancas, de tal guisa que ovieron de tornar los españoles sobre sí e dar en los aragoneses e cecilianos con el ayuda de los dos cavalleros, de guisa que los metieron a huir. E, desque esto fue hecho, vino el capitán de los españoles e fue al cavallero de las armas blancas y diole muchas gracias por tanto bien e tanta ayuda como les havía hecho e rogole que le dixesse su nombre. El conde habló en el lenguaje que no le pudo entender, según que lo havía aprehendido en Damasco cuando fue cautivo. E Gaudín le dixo que no curasse de saber su nombre ni [de] dónde era, que su voluntad era de no ge lo dezir. Luego el capitán dixo:

— Seguro sed, señor, que en lo que yo pudiere vos ayudaré, agora sepa vuestro nombre o no.

E todo esto bien lo mirava el rey Corsol. Cuando lo vía andar en aquellas batallas, todo lo lo dezía a los otros reyes que aí estavan:

— ¡Catad el cavallero de las armas blancas cuán bien lo haze!

Respondió el rey Clausa que buen cavallero era el soldán de Persia a gran maravilla. E luego se partieron el conde e su compañero del capitán de los españoles, e fuéronse por el campo adelante.

Y el cavallero de las armas blancas se fue a parar de frente del cadahalso, de que gran pesar había el soldán. E desde lo vido Gaudín, dixo:

— Hermano, vamos adelante. ¿A qué diablo, señor, vos paráis aí? ¿No vistes en la priessa que nos vimos oy de mañana?

El conde le dixo que le pluguiesse de lo dexar allí, que cuando allí se parava le parecía que era tan fuerte como una torre e le parecía que no había hecho ninguna cosa ni sentía pena alguna. E, dichas aquestas palabras, tomó una lança de un paje e fuesse en frente del cadahalso, e desdeque assí lo vieron los reyes, maravilláronse mucho. E desdeque el soldán lo vio, demandó sus armas e, desdeque fue armado, cavalgó en su cavallo e salió fuera del cadahalso. E desdeque lo vido Gaudín, dixo a su compañero:

— En hora buena vos parastes aí, que ya se adereça para justar el soldán. Cierta más valiera que nos fuéramos adelante, recelo tengo grande que nos havemos de ver en priessa como oy.

Ellos en esto estando, salió el soldán encima de su cavallo muy bien adereçado, que parecía un timno. El soldán tenía hecha habla con los cavalleros que, si él derribasse el cavallero de las armas blancas, que saliessen sus cavalleros e lo matassen por la grande deshonra que le había hecho por la mañana cuando lo encerró entre sus cavalleros. E assí se guisaron ambos a dos e luego el conde y el soldán hizieron señas de venirse el uno al otro e dexáronse venir tan rezios el uno contra el otro quanto la fuerça de los cavallos los pudieron levar. E Gaudín púsose luego su yelmo diziendo assí: que a mal avía de venir aquella conseja, por quanto avía de la otra parte muchos cavalleros para ayudar al soldán, e que su compañero no tenía sino a él.

Y en esto diéronse tan rezios golpes quel soldán amordesció e cayó del cavallo en tierra e, desdeque fue en tierra el soldán, ívasele el cavallo y dio en pos dél el conde del cavallo e tráxolo a do estava el soldán e ayudole a cavalgar. Assí pesó mucho a Gaudín, porque veía que se adereçavan los cavalleros del soldán para venir contra el conde muy apriessa. Y luego Gaudín dio de las espuelas a su cavallo e fuesse tan rezio quanto la fuerça del cavallo lo pudo levar. Y, cuando él llegó, no era subido el conde en su cavallo, por quanto avía ayudado a cavalgar al soldán, que començavan a dar los moros en el conde. E luego Gaudín entró entre los moros muy arriscadamente e matando e heriendo en ellos. E mientras esso fue e cavalgó el conde en su cavallo y el soldán ovo tan gran pesar que con el espada fue a herir en los suyos, diziéndoles que, pues el cavallero lo había hecho bien, que no merescía haver mal.

Y el conde e su compañero se bolvieron para el lugar donde havían partido para ir al torneo. El conde tomó otra lança en la mano e luego fue a esperar justa. E miró el rey Corsol e dixo a los otros reyes e duques e cavalleros:

— Mirad qué bien lo ha hecho aquel caballero de las armas blancas que agora escapa de la justa e fue golpeado como vistes. Ya está esperando justa, que aún no está cansado, e aún de más de todo esto hizo tan notable cortesía: derribar a su contrario e traelle el cavallo e ayudalle a cavalgar.

Y dixo el rey Clausa:

— Sea, que tres días ha de tornear, que aún oy es el primero día e mañana será cansado, que no se podrá levantar. Y el soldán es muy rezio e poderoso, que bien lo podrá soportar.

Y ellos estando en estas razones, tañeron luego a vísperas. Y el rey Corsol y el rey Clausa mandaron tañer las tronpetas e menestriales, que ya era ora de dexar el torneo, que assí era puesto por los reyes que aquel tiempo dexassen de tornear. E luego los soldanes, reyes e duques e condes e otros cavalleros se fueron para sus tiendas. Y el soldán de Persia se estuvo quedo debaxo del cadahalso y el cavallero de las armas blancas mirando muy bien. E dixo Gaudín al conde:

— Ved cómo se van los otros cavalleros y vos estades quedo.

E dixo el conde:

— ¿Qué se haze a vos?

Y Gaudín le dixo:

— Señor, si assí hazedes el segundo día y el tercero como el primero, yo vos doy mejor cavallero del torneo. Hasta aquí vos he llamado compañero, de aquí adelante vos quiero llamar señor.

Y en esto no avía ninguna gente y ellos todavía estábanse quedos. Desque vieron que assí estava el campo, que persona no havía, bolvieron las riendas a los cavallos e fuéronse con sus pajes e, si hermosas continencias traxeron, tan hermosas las levavan. Y el rey Corsol dixo a los otros reyes:

— ¿Vedes que continencia levavan aquellos dos cavalleros? Que ellos fueron los primeros e son los postrimeros.

Dixeron los cinco reyes que lo havía hecho bien aquel cavallero de las armas blancas. Respondió el rey Clausa:

— Por cierto mejor lo ha hecho el soldán de Persia con el soldán de Babilonia, que dos veces lo ha derribado.

E dixo el rey Corsol:

— Una por uno, no lo he visto yo más rezio que el cavallero de las armas blancas.

E luego tomaron a la emperatriz por los braços e leváronla a la ciudad con muchas trompetas e muchos atabales, que parecía que el cielo se venía abaxo.

XLIV

Cómo, acabado el torneo del primero día, el conde e su compañero Gaudín se fueron para sus tiendas e cómo se hizo el torneo del segundo día

Bolvamos al conde Partinuplés e a Gaudín su compañero, que se fueron para sus tiendas. E hallaron las mesas puestas e bien aguisado de comer, que bien trabajados estaban e bien menester lo havían. E como fueron llegados a la tienda, descavalgaron e quitáronles espuelas e desarmáronlos, e luego los traxeron aguamanos e assentáronse a cenar. E como el conde comía, assí se dormía, pero no era maravilla, que tanto trabajo havían passado en esse día. E Gaudín, como veía que se dormía, dezíale:

— Señor, recordad e comed, después dormiredes; que, si bien no comedes, no tornaredes.

E, desque ovieron comido, dixo Gaudín al conde:

— Levantadvos dende, señor, e vamos a dormir e seamos mañana, Dios queriendo, los primeros.

Dixo el conde Partinuplés que le plazía y hizieron pensar muy bien los cavallos, que bien havían peleado. E otro día, a la hora del alva, levantosse Gaudín e dexó dormiendo al conde e fuesse para su compañía e despertolos a todos calladamente e hizo traer de almorzar muy prestamente. E, desque fue guissado, hizo poner las mesas e fuesse para el conde y echole la mano a las piernas e començole de llamar:

— Señor, levantadvos, que es tarde; que quien bien comienza, buena fin ha de dar.

El conde estava tan trabajado que no podía recordar, e Gaudín le hazía tales juegos hasta que lo hizo recordar. E diéronle sus vestidos e vistiose, e diéronle las armas e fue luego armado. E los pajes armaron a Gaudín e, después que fueron armados, fuéronse a almorzar. E, desque ovieron almorzado, los cavallos estaban ya prestos y luego cavalaron e tomaron sus lanças. E luego el

conde se puso el yelmo, por que yendo o viniendo no lo conosciessse ninguna persona. E Gaudín ívase sin yelmo, que nunca lo levava puesto en la cabeça sino cuando era menester. E todos los otros cavalleros al conde, porque siempre lo traía puesto, le llamavan “el cavallero rezio”. Por que no supuessen quién era lo hazía el conde.

E assí ellos andando su camino oyeron tañer trompetas por quanto sacavan a la emperatriz de la ciudad e la levavan al cadahalso. E los primeros que parecieron en el campo eran estos dos cavalleros. E desde que fue llegada la emperatriz e su hermana con los siete reyes e subidos en el cadahalso, e luego el rey Corsol miró cuándo havia de venir el cavallero de las armas blancas e, desde que lo vido venir, dixo a los otros reyes:

— Mirad, hermanos, qué buen donaire trae aquel cavallero de las armas blancas, que parece que ayer no hizo ninguna cosa y él es primero del torneo.

Y el conde anduvo por el torneo e le dixo Gaudín:

— Señor, vamos adelante, que allá hallaremos con quién justar más a nuestro plazer, que ayer lo ovimos con gran trabajo.

Dixo el conde:

— Esperemos un poco, que quiero mirar a la señora emperatriz e a su hermana e a los reyes e donzellas que con ellos están en el cadahalso.

Y esto hazía el conde por que saliesse el soldán de Persia, por quanto lo avía por enemigo mortal por haver tomado aquel lugar debaxo del cadahalso por posada. Y estando Gaudín y el conde en estas razones, vieron assomar encima de la puerta del cadahalso una lança con un pendón broslado muy ricamente. Y el soldán lo hizo poner en la lança por justar con el cavallero de las armas blancas. E desde que Gaudín vido que se adereçava el soldán para la justa, dixo al conde:

— Señor, vamos de aquí, que el soldán se adereça para la justa.

Dixo el conde:

— Hermano, dexadme ver quién es aquel cavallero que trae el pendón broslado.

Y él no hazía esto sino por estar enbuelto con el soldán, ca mucho gana lo havia, que lo tenía sobre ojos. E fuesse el conde passo ante passo por el campo adelante, e desde que vido el soldán que assí se venía el cavallero de las armas blancas, demandó a muy gran priessa que le enlazassen el yelmo, ca le era muy gran vergüença de estar encerrado viniéndolo a buscar otro cavallero, e luego le pusieron el yelmo al soldán. Y desde que esto vido Gaudín, tomó el yelmo que traía en el arzón de la silla, púsolo en la cabeça e dixo a un paje que ge lo enlazasse, que menester le hazía de aparejarse:

— Ca, si el soldán mal lo passa, menester ha ayuda mi señor el conde.

Y aún en este tiempo ninguno de los otros cavalleros no eran levantados de sus camas, e por eso los davan por buenos cavalleros, porque eran primeros e postrimeros. E desde que vido el soldán que assí le estava esperando, tomó su lança en la mano e tenía más de quinientos cavalleros cabe sí, que no parecía otro sino el capitán de los españoles. E desde que esto vido el conde, que assí estava el soldán apercebido, estava el capitán en el campo como dicho havemos. E desde que vido que assí estava el soldán, mandó el capitán armar a todos sus cavalleros e díxoles assí:

— Vamos a ayudar e ver justa del mejor cavallero del mundo, que ya vedes que quieren justar el conde y el soldán. E si es menester, oviere ayuda; sed con Gaudín el Rubio, su compañero.

Y ellos dixeron que les plazía de buen grado. Y ellos estando, vieron venir los cavalleros el uno al otro quanto la fuerça de los cavallos los podía llevar, e diéronse tan grandes golpes e dio el conde al soldán un golpe por medio de la targia, que lo levantó de la silla e lo echó en las ancas del cavallo. E passó por deuso del braço del conde Partinuplés la lança del soldán y el conde tiró della e tomó la del soldán con el pendón broslado e passó adelante con gran gozo que fue por maravilla. E de

aquello hovieron muy gran gozo los españoles. Mucho más el rey Corsol, que lo amava e quería en su corazón. E como tomó el conde la lança del pendón, fuesse derecho para el cadahalso do era la emperatriz e dixo assí:

— Señora, tomad esta lança en amor de caridad, que en mal punto vi vuestros amores.

E la emperatriz tomó la lança e subiola arriba e miráronla todas las gentes porque la havia tomado. Y ella, en que vido que assí la miravan, ovo tan grande vergüença que, si no le fuera mal contado, ella echara la lança del cadahalso. E como vieron Gaudín e los cavalleros que assí havia dado el conde la lança a la emperatriz, contárongelo a mal porque, si otra gente viniera contra él, se pudiera defender con ella. Y estando en estas razones, salieron de las tiendas del soldán hasta quinientos de cavallo e començaron de ir en pos del conde. E cuando vido Gaudín, dixo al capitán de los españoles:

— ¡Vamos a ayudar al buen cavallero!

E los españoles eran hasta trescientos de cavallo e los moros eran quinientos de cavallo. Y el conde se defendió atán bien que por maravilla era, que el que una vez tomava ante sí no havia voluntad de bolver a él. Y en esto llegaron Gaudín e los españoles e començaron de dar en los moros que no era cosa de pensar, que el rey Corsol havia plazer e mirava al conde cómo andava entre los moros matando e hiriendo de tal manera que los metieron por el cadahalso. Desto todo avía gran plazer el rey Corsol, porque tan bien lo avía hecho el cavallero de las armas blancas e todavía dezía este rey que bien lo hazía. E fuéronse el conde e Gaudín e los españoles para el lugar de donde havían partido, e los españoles se despidieron del conde e Gaudín y encomendáronse a Dios.

Y ellos estando en estas palabras, dixo Urracla a la emperatriz:

— Señora, quiérome apartar allí; e perdonadme, que me siento mal.

E la emperatriz le dixo que fuesse en hora buena e que no tardasse allá. E Urracla tomó a Persia su donzella consigo e fuéronse ambas a dos para un canto del cadahalso. E dixo Urracla a Persia:

— ¿No parastes mientes en lo que dixo aquel cavallero a mi hermana cuando le dio la lança con el pendón broslado?

Respondió Persia:

— Vi esso que dize vuestra merced, mas no paré mientes a las palabras.

E urracla dixo:

— Yo las oí muy bien. El corazón me da que es el conde Partinuplés, mi amado y señor hermano.

Dixo entonces Persia:

— ¡Quisiésselo Dios que fuesse él!

E la emperatriz bolvió el rostro hazia la hermana e vido cómo llorava, e dixo a los reyes:

— Señores, perdonadme, que se siente mal mi hermana. Quiérola ir a ver.

E dixeron los reyes que fuesse su señoría, y ella se fue hasta donde estava su hermana. Urracla se levantó a la emperatriz e la emperatriz preguntó a su hermana que cómo estava assí llorando e Urracla le respondió que, si no perdonava, que no ge lo diría. Y la emperatriz le dixo:

— ¿Cómo en tal tiempo como vedes me avéis de dezir estas cosas? Que yo no siento pesar que en el mundo me oviéssedes hecho que en este negocio no vos fuesse perdonado.

E desde esto oyó Urracla, dixo:

— Cierto es, señora, que yo e Persia mi donzella tovimos al conde en nuestro poder e vos lo armastes cavallero en la noche que armastes los cien cavalleros noveles. ¿Acuérdasevos cuando preguntastes qué havia aquel cavallero que assí se amortescía e vos dixes yo, señora, que no era

maravilla, que eran moços e no eran usados a las armas, que por esto estavan adormecidos e por esso se caían en tierra?

Allí dixo la emperatriz:

— Cierito es, que bien se me miembra.

E dixo Urracla:

— Pues señora, sepa que aquel era el conde Partinuplés.

E contole todo el hecho cómo había passado e cómo lo había hallado en las sierras de Ardeña e cómo andava en manera de alimaña. E como oyó aquello la señora emperatriz, cayó amortescida e las donzellas hovieron muy gran vergüença pensando que los reyes miravan hazia aquel logar do estava su merced. E quando la emperatriz ovo tornado en sí, fuesse para su hermana Urracla e començola a abraçar e besar llorando de sus ojos, diziendo assí:

— Hermana, ¿por qué no me lo dixistes quando lo armé cavallero?

Dixo entonces Urracla:

— Cierito es, señora, que hoviera grande cuestión entre los reyes e cavalleros de todo el mundo, ca vos penárades e padesciérades gran vergüença, mas no hoviérades otro trabajo sino aquel. Lo otro vos haze penar, porque él anduvo assí por vos perdido en las sierras de Ardeña.

Luego la emperatriz tomó a su hermana con la mano e díxole:

— Hermana, pluguiesse a Dios que aquel cavallero de las armas blancas fuesse él, que amo mucho, e no menos el rey Corsol.

Ella estando assí mirando dónde vería al cavallero de las armas blancas, vídolo estar con su compañero Gaudín el Rubio. E dixo la señora emperatriz a su hermana que preguntasse al rey Corsol que quién era aquel cavallero que estava cabe el cavallero de las armas blancas. Y el rey Corsol respondió que Gaudín avía nombre e que era moro, mas que el otro cavallero no sabía cómo se llamava ni sabía si era moro o christiano ni de qué reino se era, salvo que no lo conocía sino por el cavallero de las armas blancas, que muchas vezes avía enviado a saber su nombre e todavía ge lo negavan; mas que, si Dios le dava salud, que mucho haría otro día por saberlo. E tornó Urracla con la respuesta a la emperatriz, y ella mirava todavía al cavallero de las armas blancas, que no lo mirava de mal ojo.

E mientras ellas estavan en esto, todos los cavalleros cuantos ayuntados estavan no hazían sino tornear. Y ellos assí estando, tañeron a vísperas. Luego el rey Corsol y el rey Clausa mandaron tocar trompetas e atabales, e luego cessaron el torneo. Todos se fueron para sus posadas e descansar, que bien les hazía menester. E no quería partirse del campo el conde Partinuplés hasta que todos los del campo fuessen idos e, quando vieron que persona ninguna no quedava en el dicho campo, bolvieron las riendas a los cavallos e començáronse a ir para sus tiendas, e tan hermosamente se ivan como se venían. El rey Corsol siempre los mirava cómo se ivan tan hermosos, e dixo a los otros reyes:

— ¿Vedes qué passear es de aquel cavallero de las armas blancas?

Respondieron los otros reyes:

— Sed seguro que se puede llamar el mejor cavallero del mundo.

Dixo el rey Clausa:

— ¡Buen cavallero es el soldán de Persia!

E aí tocaron las trompetas y levaron a la emperatriz a su palacio.

XLV

Cómo, acabado el torneo del segundo día, cada uno se fue para su posada hasta la mañana e cómo se hizo el torneo del tercero día

Bolvamos al conde e a su compañero Gaudín: de cómo Gaudín besava las manos al conde e lo llamava señor. E hizo Gaudín assentar a la tabla al conde y lo servía con muy grande alegría que por maravilla era, que Gaudín entendía que tenía por compañero al mejor cavallero de todo el mundo. E después que ovieron cenado, fuéronse a acostar, e Gaudín dezía al conde:

— Señor, buen cavallero sois. Pues que los dos días lo havedes hecho bien, el tercero no vaya en çaga.

Porque sería aquel día determinación del torneo.

Bolvamos al rey Hermán, que él estava en la tienda del rey soldán y le pedía por merced que en la mañana que lo dexasse ir a justar con el cavallero de las armas blancas. Y respondió el soldán que sí entendía de hazer lo que le plazía de muy buen grado, mas que parasse mientes que el cavallero de las armas blancas entendía que era uno de los buenos cavalleros del mundo. Respondió el rey Hermán:

— Por cierto, señor, yo lo he atán gran pesar de vuestra deshonra que no es cosa de pensar. O yo moriré o yo vos vengaré.

Allí dixo el soldán:

— ¡Hazed como Alá e Mahoma! Vos ayudaré.

Y otro día en la mañana levantose Gaudín a la hora de los maitines, llamó a su compañero y mandó a guisar de almorzar e, cuando fue el alva, las mesas fueron puestas e Gaudín llamó a su señor el conde, que estava durmiendo, e començole de llamar a grandes bozes, de manera que no lo podía meter en acuerdo. Y esto no era maravilla según el trabajo que había passado. E desdeque vido que no recordava, e travole de las piernas e de los braços e començolo de llamar hasta que lo metió en acuerdo. E luego le dieron sus vestidos e aguamanos y vestiéronle sus armas e, desdeque fue armado, assentáronse a almorzar. E, después que hovieron almorzado, cavalgaron en sus cavalleros y tomaron las lanças en las manos, y consigo sus pajes. E Gaudín puso luego al conde el yelmo en la cabeça y enlazógelo muy bien, e fuéronse por el otero arriba.

Yéndosse assí, oyeron tocar las trompetas. Y entonces sacavan a la emperatriz de la ciudad y levávanla al miradero del cadahalso. Y el rey Corsol mirava hazia donde solía mirar a ver si viera assomar, e vido venir al buen cavallero de las armas blancas e a su compañero con los más lindos continentes, que no podía ser más. Dixo el rey Corsol:

— Mira, señor, cuál viene el noble cavallero de las armas blancas.

E los otros cavalleros aún no se levantavan y el conde ya venía buscar justa. E veyendo por el campo adelante, parose de cara del cadahalso. E le dixo Gaudín:

— Señor, vamos adelante y hallaremos justa assaz.

El conde le respondió:

— Hermano, esperemos aquí un poco e miraremos cómo salen al torneo.

Ellos estando estas palabras, el rey Hermán estávase armando para la justa, e vídolo Gaudín e dixo al conde:

— Catad, señor, cómo se aguisa un cavallero a las puertas del cadahalso do está el soldán.

E dixo el conde:

— Por cierto yo quiero ir a ver quién es aquel cavallero.

E puso su lança en el ristre e fue cuanto la fuerça del cavallo lo pudo levar. Esto hazía el conde por el gran argullo que tenía en su coraçón, porque era el tercero día e cuidava que no havia hecho ninguna cosa y que el soldán levava el mejor. Y el rey Hermán, desde lo vio, saliolo a recibir muy bien aguisado, su lança en el ristre. E fuéronse a dar tan grandes golpes que las lanças bolaron en pieças, de tal guisa que el cavallero de las armas blancas dio al rey Hermán por medio de la tragia, que dio con él en tierra y cayó de cabeça, de guisa que estuvo adormecido a las puertas del cadahalso do estava el soldán. E tomó el conde el cavallo del rey Hermán y levolo a Gaudín su compañero. Entonces dixo el rey Corsol a los otros reyes:

— ¿Vedes qué bien lo ha hecho el cavallero de las armas blancas?

Allí dixerón los otros reyes:

— Cierto es, señor, que de los mejores cavalleros es él.

Dixo el rey Corsol a un su donzel que fuesse a saber quién era aquel cavallero. Luego el donzel fue a saber lo que el rey Corsol le mandava. Diéronle por respuesta que él no era moro, salvo christiano que era del reino de Francia. Desde esto oyó la emperatriz e Urracla su hermana e Persia la donzella lo que el donzel dixera, començaron de llorar, diziendo assí:

— Amigo mío de mi coraçón, ¡si fuesses tú aquel que en mi poder tuve, con quien yo me deleitava en el tiempo passado!

Y entonces rogaron a Dios la emperatriz e su hermana que Dios lo guardasse. Ellas estando en esto, andava tan rezió el torneo que por maravilla era entre los alimaneses e los franceses. Los alimaneses eran muchos e los franceses pocos, y el rey de Francia era moço e no era usado en batalla, e los alimaneses levavan a los franceses por unos arenales adelante. Y el conde, desde lo vido e oyó las voces que davan los franceses, dixo al conde Gaudín su compañero:

— Hermano, vamos a ayudar los franceses, que el rey de Francia es mi primo. Magüer que mal lo quiero, el coraçón me quiere quebrar en que veo que lo passan mal.

E Gaudín le dixo que le plazía de grado. E luego Gaudín se puso su yelmo y enlazárongelo muy bien e fuesse para allá. Y el conde dixo a Gaudín:

— Cuando llegamos a la batalla, diredes este apellido que es de Francia: “San Luis”, e conoscerán los franceses que somos en su ayuda.

Y él hízolo assí. Gran plazer ovo Gaudín en que supo que era el conde de linaje de reyes que por maravilla era. E, desde fueron llegados, fueron herir en los alimaneses diziendo aquel apellido, y ellos ovieron gran esfuerço e los alimaneses gran desmayo, que bien veían que el cavallero de las armas blancas que era el mejor cavallero del mundo. E assí dieron los franceses sobre los alimaneses, que a cualquier que el conde alcançava le hazía caer del cavallo, en tal manera que los franceses los metieron por un río adelante, de guisa que entre muertos e ahogados hallaron hasta dozientos dellos. Y los franceses bolvieron con el cavallero de las armas blancas, dándole muchas gracias. E rogávale el rey de Francia que le dixesse su nombre o quién era, y el conde le respondió en griego, por que no lo conociesse. E Gaudín dixo al rey que su señoría no curasse de saber su nombre, que no se lo diría por agora hasta que los torneos fuessen hechos. E assí se despidieron y los franceses fueron para sus tiendas.

Y el conde e Gaudín quedáronse en el campo en el lugar do solían estar de cara al cadahalso. E dixo Gaudín al conde:

— Señor, vamos de aquí e no busquemos más recuesta, que tan trabajado está que más querría holgar que no tornear, que passados somos el mayor trabajo del mundo.

El conde le respondió así:

— Hermano, holgad e no trabajedes oy en este día.

Y el conde tomó una lança en semejança de tornar a justar. Y a todo esto bien lo mirava el rey Corsol e dixo a los reyes:

— Mirad, señores, qué tan grande esfuerço de tan noble cavallero, que agora escapa de tan gran trabajo y está esperando justa.

E la emperatriz e Urracla avían muy gran plazer que por maravilla era. E los otros reyes havían que contar de su hazienda. E todavía dixo el rey Clausa que era mejor cavallero el soldán de Persia, y ellos en esto estando, estava tratando el rey Hermán en cómo matassen al conde, y fuesse el rey Hermán al soldán diziendo así:

— Señor, ¿vedes aquel cavallero malo cómo busca deshonra de vuestra alteza? E anda en vuestro deservicio e dize mucho mal de vos.

Y esto pesó mucho al soldán, porque entendía que era malicioso todo aquello que dezía el rey, que bien sabía el soldán que era uno de los mejores cavalleros del mundo. El soldán respondió:

— Pues cuanto mal dezís deste cavallero de las armas blancas e vos tenedes por tan esfuerçado, ¿por qué dexaste vuestro cavallo?

Y luego respondió el rey Hermán:

— Por cierto, señor, yo haré de guisa que muera el cavallero de las armas blancas, e sea vuestra alteza cierto desto.

Respondió el soldán:

— Hazed allá de la guisa que quisiéredes.

Y el rey Hermán dixo así:

— Señor, cuando vuestra alteza saliere a justar con él, e vos fuéredes el uno para el otro, saldré yo por de través e lo heriré con mi lança por el costado, de manera que muera luego.

Y ordenáronlo así. El soldán se fue para de cara la puerta del cadahalso encima de su cavallo y su lança en la mano. Mirávalo Gaudín cómo estava adereçado e dixo así al conde:

— ¿No vedes que se adereça el soldán para la justa?

E dixo el conde:

— Esto es lo que yo espero.

E Gaudín se puso su yelmo, que bien veía que se había de ver en rebuelta. Y fuesse el conde para el soldán y el soldán para el conde. E yéndose así el uno para el otro, vido Gaudín cómo salían algunos cavalleros para matar al conde, y con estos cavalleros salía el rey Hermán con ellos debaxo del cadahalso. Y començó de luego a dezir Gaudín al conde:

— ¡Ah, señor!, ¡ah, señor! ¡Guardadvos de la traición, que viene a través otro cavallero para vos matar!

Y el conde miró e vídolo venir. Dixo al soldán:

— Señor, hazed como haze el buen cavallero.

Y el soldán, desde que esto oyó, alçó la lança e no lo quiso herir, por que bolvió las espaldas para el rey Hermán. Y el soldán bolvióse para el cadahalso passo ante passo por quanto no quiso hazer traición, pues que veía que lo miravan todos los del torneo e fuérale muy gran deshonra e descortesía. Y fue el conde para el rey Hermán y el rey para él, de manera que no se conocieron, e dábanse tan rezios golpes de tal guisa que el rey Hermán dio al conde un golpe por medio de la targia, que hizo la lança pedazos. Y el cavallero de las armas blancas dio al rey Hermán un tal golpe que le falsó la targia e las armas y le echó la lança de la otra parte una braçada, de tal manera que cayó el rey Hermán en tierra muerto, de lo cual havían muy gran gozo todos los que estaban en el campo

mirando, mayormente la emperatriz e su hermana Urracla y el rey corsol e Gaudín su compañero, porque tan bien lo había hecho por la tan gran gran traición que le cometió. E como estos ovieron assí este plazer, tanto ovo de pesar el rey Clausa y el soldán.

Y ellos assí estando, tañieron vísperas. Desque vido el cavallero de las armas blancas que era hora de dexar el torneo, tomó en sí gran argullo, que entendía que no había hecho ninguna cosa e que el soldán levava lo mejor. E dexose ir tan rezió encima de su cavallo quanto la fuerça lo pudo levar, y fuesse para el soldán. Y el soldán saliolo a rescebir y, antes que acabasse de salir, encontró con el conde y el conde dio con él en tierra, de tal manera que, si los cavalleros no le acorrieran para metello en el cadahalso, muy mal lo passara el soldán. E luego el conde saltó del cavallo con la lança en la mano e començó de pelear con ellos, de manera que nunca salieron del cadahalso. Y el conde estava defuera, de guisa que el que se le parava delante en mal punto era para él. E assí tenía el conde las lanças cabe sí, que parecía un toro que garrochean. Y él estava que parecía un león, y todavía le parecía que el soldán levava lo mejor e no vagavan tocar trompetas ni dar voces los reyes que cessasse el torneo, ni por esso no lo quería dexar, que entendía que no había hecho ninguna cosa. E no quiso el conde partir de allí hasta que fuesse de noche. E mandavan los reyes que cessasse el torneo e todavía él no lo quería dexar, e Gaudín rogava a los reyes e les besava las manos que los fuessen a departir.

Entonces descendieron a la señora emperatriz y ella echole los braços encima e, si no fuera por vergüença, consigo lo levava, sino porque pensó que no fuera Partinuplés. E assí los departieron e levaron a la emperatriz para la ciudad e metieronla en sus palacios. El conde e Gaudín se fueron para sus tiendas e las mesas fueron puestas, e luego dieron de comer al conde e servió Gaudín al conde como si fuera su señor natural. E después que ovieron cenado, holgaron e fuéronse a dormir, ca muy trabajados estaban. E dixo Gaudín al conde:

— Señor, mañana es el desamen del torneo.

Allí dixo el conde:

— Esto sería si yo no oviesse de ir a otro cabo.

Dixo Gaudín:

— ¿Cómo, señor? ¿A otra parte havedes de ir?

Dixo el conde:

— Yo hize pleito omenaje a la reina Ansies de ponerme en su prisión antes que el rey Hermán tornasse del torneo.

Dixo Gaudín:

— Pues que pleito le hizo vuestra merced, no padezca la reina. Pero si lo pudiéramos quitar por ruegos, muy bien, señor, será; o si no yo quedaré en rehenes hasta que vuestra merced libre su hecho.

El conde le dio muchas gracias por su buena voluntad.

XLVI

Cómo acabado el postrero día del torneo el conde Partinuplés, por el pleito omenaje que avía hecho a la reina Ansies, fue para Damasco, y de cómo entre los reyes ovo contrariedad por quién lo avía hecho mejor en el torneo

Otro día por la mañana alçaron sus tiendas e fuéronse su camino para la ciudad de Damasco a do era la reina Ansíes. E, mientras ellos fueron, entraron los reyes, soldanes e ricos hombres a la sala do estava la emperatriz para desanimar cuál era mejor cavallero. E hizieron poner muy grandes estrados e hallaron todos de acuerdo que no avía otro mejor a quien pertenesciesse que era el cavallero de las armas blancas y el soldán de Persia. E después que fueron desanimados, mandaron llamar al soldán e al cavallero de las armas blancas, e buscaron al conde el primero día y el segundo y el tercero e nunca lo hallaron. Y el rey Clausa dava muy grandes bozes que diessen a la emperatriz por marido al soldán de Persia, que aquel era pertenesciente para su señoría. El rey Corsol dava muy mayores bozes, que no se podía hazer hasta que paresciesse el cavallero de las armas blancas, que no perdía su derecho, que aún tenía de plazo nueve días e treinta días e, de que estos días fuessen passados, que se podía hazer aquello. E estas razones ayudavan el rey Corsol, los franceses e los castellanos.

Bolvamos al conde e a Gaudín, que fueron a la ciudad de Damasco e hallaron las almenas e las puertas de la ciudad todas cubiertas de luto. Cuando entraron por la ciudad oyeron tan fuertes llantos e quebravan escudos, que no sientio hombre que lo vería que no oviera gran duelo. E fuéronse al palacio do era la reina Ansíes e hizieronla reverencia, e dixo assí el conde:

— Señora, la vuestra merced, heme aquí en vuestra prisiones.

La reina respondió:

— Amigo, idvos en buena hora, que yo no vos he menester; pues que mi señor el rey es muerto, yo vosuelto el pleito omenaje.

E luego el conde le besó las manos e se fue su camino con su compañero e, a cabo de ocho días, tornaron al lugar do solían tener las tiendas, e holgaron y echáronse a dormir.

XLVII

Cómo el conde, tornado de Damasco, fuesse a ver la determinación del torneo

Al otro día antes del alva, levantose el conde e llamó a Gaudín a gran priessa. E díxole Gaudín:

— Señor, agora vos levantades de madrugada porque es el esamen, mas no cuando vos tirava de las piernas para que fuéssedes al torneo luego.

Gaudín mandó a sus criados que guisassen de almorzar e dixo al conde que se irían desarmados, y el conde dixo que no. E luego fueron armados e assentáronse a almorzar e, desque ovieron almorzado, cavalgaron en sus cavallos e sus lanças en las manos. E dixo Gaudín al conde:

— Señor, no levedes el yelmo puesto, pues que no havedes de tornear.

Respondió el conde:

— Amigo, yo no tengo paños de oro e, si por puñadas lo oviéramos de librar, mejor iremos armados que no en otra manera.

Y desque assomaron por un cerro, vídolos el rey Corsol, [qu]e todavía mientras fue a librar de la prisión de la reina Ansíes mirava el rey cuándo lo vería asomar al cavallero de las armas blancas e a su compañero. Mandó el rey Corsol que tocassen las trompetas e saliéronlo a rescebir el rey de Francia e los españoles. Y el rey Corsol y el rey Clausa estavan en el palacio de la señora emperatriz, e truxéronlo hasta do estava la emperatriz. Y estavan en gran porfía estos dos reyes que eran tutores de la señora, que dezía el rey Corsol que era mejor cavallero el de las armas blancas que el

soldán, y el rey Clausa dezía que era mejor cavallero el soldán e que no sabía quién era el cavallero de las armas blancas.

E luego el rey Corsol se fue para el conde e preguntole de su hazienda, y el conde le dixo quién era e cómo le llamavan e de dónde era. E desque aquello oyó el rey Corsol, fuele a abraçar e, si no por el yelmo, lo besara en la boca. E de allí corrió el rey Corsol a los otros reyes e les dixo cómo era primo del rey de Francia e que venía de gran linaje de reyes y que era conde de Bles, que le llamavan Partinuplés. Y desque oyó la emperatriz dezir al rey “Partinuplés”, assí se cayó amortescida en braços de su hermana Urracla. E Urracla tomola atán rezio en sus braços, y esto hazía ella por que los reyes no le viessen ni parassen mientes en ello. E como andava el soldán en el campo e sus diez y nueve reyes todos vestidos de oro e de seda con sus collares de oro e de piedras preciosas, y el conde andava por el campo con su compañero, armados; mientras estavan los reyes en su consejo [deliberando] cuál pertenecía para ser emperador. Y desque ovieron declarado aquellos dos cavalleros que eran los mejores cavalleros del mundo, los unos dezían que más pertenecía al soldán para emperador que el conde, otros dezían que más pertenecía al conde para emperador quel soldán; de tal manera que tenían muy gran quistión sobre escoger. El soldán se quisiera una ora por otra hallarse armado, que no la corona de oro tener en la cabeça.

XLVIII

Cómo determinaron los reyes que la emperatriz a su voluntad escogiesse cuál de los dos quisiesse por marido y ella escogió al conde Partinuplés, al cual luego alçaron por emperador

Hovo de venir esta ordenança entre los reyes: que pusiessen a los dos cavalleros juntos y que la señora emperatriz tomasse por marido aquel de aquellos que quisiesse. E todos los reyes dixeron que fuesse assí y se tuviesse firmemente, pues que assí era mejor. E assí fue e lo otorgaron todos. E luego el rey Corsol y el rey Clausa se fueron para la emperatriz a ge lo contar en la manera que passava, que tomasse cual su alteza quisiesse. E luego levaron al soldán e al conde delante de la señora emperatriz, e la emperatriz llamó al rey Corsol y él luego fue a su señora. E mandole la emperatriz que fuesse al cavallero de las armas blancas e que le hiziesse quitar el yelmo, e luego el conde mandó a Gaudín que se lo quitasse. E, desque ge lo ovieron quitado, tenía el conde el camisión más negro que la pez, del orín de las armas, e blanqueava de la cabeça y el pescueço como la nieve.

E desque la emperatriz lo vido, conosciolo muy bien e temblávale a la señora las carnes de plazer muy grande que tenía en su corazón, ca si Urracla su hermana no le levava las manos puestas en las espaldas e los dos reyes por los braços, no pudieran andar un passo con ella, que luego se cayera. Y quando assí la levavan por el estrado e todos se pensavan que fuera a echar mano del soldán, porque estava más ricamente vestido; e, desque fue llegada la señora en par dellos, fue a echar mano la emperatriz al conde temblándole las manos. Y desque esto vido Gaudín, fuele a besar los pies e las manos, diziendo assí:

— ¡Viva mi señor el emperador Partinuplés!

E luego los reyes tomaron al conde e alçaronlo por emperador, e besávanle las manos e obedeciéronle por señor. Y desto ovo muy gran plazer el rey de Francia su primo, porque era emperador; e los castellanos assí mesmo.

Y luego fue derramado el torneo e cada uno se fue a sus tierras, salvo el rey de Francia e los castellanos, que quedaron para hazer las bodas del emperador Partinuplés. E allí fueron hechas muchas alegrías, assí tablados como toro e justas e muchas otras hazañas que no se podrían contar. E assí acabadas las bodas con mcuhos plazerer, el rey de Francia e los castellanos se fueron para sus tierras, e por todo el mundo ovieron que contar de las noblezas e cavallerías del emperador Partinuplés: por qué cobró e ovo el imperio.

XLIX

Cómo Partinuplés, después de hecho emperador, hizo christiano a Gaudín su compañero e lo hizo condestable del imperio de Costantinopla

Dexemos al emperador Partinuplés, que estava con la emperatriz con muy gran alegría y con su hermana la señora Urracla, e bolvamos a Gaudín que, después que fueron hechas las alegrías de las bodas del imperio, qué es lo que se hizo: él fue para el emperador a le demandar licencia para se ir a su tierra con los sus tres pajes. E díxole:

— Señor, pido por merced a vuestra alteza que me dé licencia para me ir a mi tierra con mis tres pajes.

El emperador, desque esto oyó, ovo muy gran pesar porque Gaudín se quería ir de su imperio, e rogole mucho que no se fuesse, sino que siempre estuviesse en su imperio. E más, que le rogava que se tornasse christiano e que lo haría muy gran hombre en su imperio. Y Gaudín amava tanto al emperador que por maravilla era, e dixo que le plazía de lo hazer por le complazer, mas que no quería sino vivir en su merced. Y desque esto oyó el emperador, ovo en sí gran alegría e fuesse luego a la emperatriz e contole cuánta buena obra Gaudín su compañero le avía hecho [y cómo se quería tornar christiano por su ruego. Entonces la emperatriz hubo mucho placer en saber lo que su compañero Gaudín había hecho]¹⁰ por el emperador Partinuplés, y que ella quería ser su madrina y el emperador su padrino. E luego lo levaron a la iglesia e le tornaron christiano y le pusieron por nombre Julián. E desque fue tornado christiano, luego le hizo condestable de su imperio e lo casó con una donzella hija dalgo e muy hermosa, e le dio muchos bienes con que biviesse. Entonces Julián besó las manos al emperador e a la emperatriz por tanto bien e honra como le avían hecho.

Y por esto dize el refrán: “Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”.

DEO GRACIAS

AQUÍ SE ACABA LA PRESENTE HISTORIA DEL
CONDE PARTINUPLÉS, QUE DESPUÉS FUE EMPERADOR DE
COSTANTINOPLA. FUE IMPESO EN LA MUY NOBLE
Y MÁS LEAL CIUDAD DE BURGOS. EN CASA
DE JUAN DE JUNTA. ACABOSE A .xvj.

10. Resuelvo el texto incompleto con la edición de Gaspar Aldana.

